

O SEA
CRÍTICA IMPARCIAL DE UN LIBRO DE

POR

JULIAN SANCHEZ RUANO.

SALAMANCA:

Imp. de D. Sebastian Cerezo, Isla de la Raa, n.º 1.

1868.

LA PROVINCIA.

REVISTA

...er y mejorar
... de todos los pueblos de
de Salamanca.

...ódico ha entrado en el segundo año de su publi-
...arado con un favor siempre creciente por parte
...o, y en su corta vida ha procurado con el auxilio
...mbres mas probados por su amor al pais en que
... se educaron, viven ó tienen sus fortunas y sus fa-
...despertar y aunar todos los elementos de bienestar
...eso que aquí existen.

...estos poderosos auxiliares y desenvolviendo más cada
...ensamiento expansivo, conciliador y esencialmente
...l que presidió á la creacion de este periódico, ha
...latar el circulo de su accion y mejorar las condi-
...de su publicacion. Sin embargo, si los señores cola-
... suscritores de LA PROVINCIA continuan hon-
...andola, pronto se verá que lo hecho
...merece mas que el nombre de un modesto

...jueves y domingos en buen papel é im-
...ta.

...culos doctrinales sobre ma-
... en relacion con los inte-
... extranjera: Revista
... oficiales y
... estas secciones adquieren
...sion.

...az resúmenes de los servicios mu-
nicipales, de los mas probados consejos higiénicos, y de
las operaciones mas convenientes en Jardineria, Ganade-
ria y Agricultura.

Dedica preferente interés á las noticias y estudios so-
bre Instruccion primaria y Agricultura.

Favorece á los suscritores con una extraordinaria bara-
tura en los anuncios, y ha regalado este precioso folleto á
los que adelantaron un semestre de suscripcion ó se de-
clararon indefinidos.—Se suscribe por 5 rs. al mes, ó 14 rs.
al trimestre para *Salamanca*, y por 6 y 17 respectivamente
para *fuera de esta Ciudad*.

86
Com

DESAGRAVIO FILOSOFICO.

Dirigirse á ESTEBAN BARCINA Y COMPAÑIA
Buenvista, 20, Madrid

+ 1273525
c.

DESAFECTAR E FILTRO

SUCESORES DE ENRIQUETA
SERRA, MADRID.

DESAGRAVIO FILOSÓFICO,

Ó SEA

CRÍTICA IMPARCIAL DE UN LIBRO DE TEXTO,

POR

JULIAN SANCHEZ RUANO.



SALAMANCA:

Imprenta de D. Sebastian Cerezo,

1868.

DESARROLLO FILOSOFICO

6 224

CRITICA IMPARCIAL DE UN LIBRO DE TEXTO

POR

JULIAN SANCHEZ BUANO



SAJAMA

Imprenta de D. Sebastian Curzo

1902

R. 16 5063

ADVERTENCIA PRELIMINAR.

Al olvido tenia dados el autor estos someros apuntes, que redactó en 1866 para una Revista de Madrid, cuando la circunstancia de haber sido declarada, poco hace, de texto oficial universitario la obra que les dió origen, viene á prestarles hoy algun interés y oportunidad que, de otro modo, no tendrían. Por manera que, al reproducirlos en este volúmen, no rinde homenaje á pueril vanidad, antes paga nuevo tributo de su grande amor á la ciencia: que no presume de filósofo, ni este escrito es de alta filosofía, sino de crítica llana y asequible á todo el que no mire con desden los adelantamientos y progresos que entre nosotros se columbran, á la sazón, sobre aquella fundamental enseñanza. Y puesto caso que su derrotero es aun incierto, y oscuro su porvenir, y vária y ambigua la tendencia de cuantos la cultivan con tal cual éxito, quizá

no sea de completa inutilidad este trabajo sencillo y breve, inspirado, no en sistema preconcebido, ni en plan concreto de escuela, sino en las prescripciones del sentido comun que, por desgracia, no suele serlo tanto como debiera.

Demás estaría aquí ninguna otra manifestacion, ó protesta, sino fuese porque la indole del escrito reclama necesariamente algunas aclaraciones. Refiérese la primera al hecho de contarse ahora el libro censurado entre los que, por superior mandato del Gobierno, han de servir á la juventud de modelo y guia en los estudios superiores de metafisica. No se trata de zaherir á quien tal haya dispuesto en un momento, tal vez, de distraccion que se comprende, debida sin duda á zelo plausible, pero extraviado con la opinion de los que, por motivos diversos, han conspirado con sus apologias á ese que pudiera llamarse *agravio filosófico* en mengua del mérito y fama de otras obras conocidas; pretendese llamar únicamente la atencion del que, poniendo mano en el asunto, deba y pueda evitar perjuicios de trascendencia notoria: es realmente, muy de sentir que haya todavia peligros de gravedad en un libro nuevo de texto, cuando

en otros, ya antiguos, se han cortado de raíz suprimiendolos de plano.

En segundo lugar, conviene prevenir un reparo que es verosimil se ponga á esta humilde tarea, la cual no extrañen los discretos que sea calificada de severa con exceso y dura en demasia por muchos de los que se apellidan integros y prudentes, siendo en rigor tímidos y laxos hasta el punto de sobreponer, á sabiendas, lo falso á lo verdadero y lo provechoso á lo justo con tal de conseguir tolerancia, ya que no aplauso, para sus errores y extravios (sino es que son impertinencias) y lucro y medro para sus personas: que los mas, como el camino de la lisonja y adulacion es ancho y cómodo, lo prefieren al de la crítica sincera, que es espinoso, y estrecho, y harto dado á sinsabores en estos tiempos en que la tibieza y flojedad de caracteres amenaza tocar los últimos limites del mutuo engaño y propio rebajamiento en religion, moral, ciencia y política y en las relaciones todas de la vida.

¡Ojala que tamaña desgracia no fuese mas que ilusion! Entonces los que diesen al público sus investigaciones podrian, sin menoscabo de su decoro y sin detrimento de su deber, mojar alegres su pluma en per-

fumada esencia de rosa, en vez de mojarla adustos y con pena en tinta tres veces amarga. Tal es, al menos, la creencia íntima del que estas líneas escribe sin mas pretension que la de impulsar á otros á que realicen con gloria lo que él insinua meramente con mucha desconfianza de acierto.

Salamanca 2 de Enero de 1868.

EL PERSONALISMO ABSOLUTISIMO DE CAMPOAMOR

ARTICULO PRIMERO.

I.

Voy á escribir el juicio de una obra que le tiene por extremo singular, y en alto grado peregrino. Su autor la intituló LO ABSOLUTO, y yo pretendo criticarla bajo el epígrafe que á estas líneas sirve de cabeza, por razones que verá todo el que con atención y diligencia lea. Espero que los prudentes y avisados han de preferir, como más propio, el apellido de confirmacion al nombre de bautismo de un libro verdaderamente raro, de todo punto nuevo, y merecedor sin duda de exámen cabal y de crítica severa.

(¹) Así lo reclaman de consuno el honor de la filosofía y el interés de la ciencia. El instante decisivo por que atraviesa el movimiento intelectual de España también lo pide.

Menester es, por tanto, que cedan ante exigencias de tamaña índole las que sólo pueden sostenerse por gustos ó caprichos individuales. Si yo les consultara y atendiese, no habría encomio de que no hiciera mérito, ni alabanza que no publicase, ni loa que no expusiera, ni ponderación de que no fuese pregonero tratando de LO ABSOLUTO. Mas el criterio que me ha de servir de guía en estos someros apuntes, procuraré que sea más alto y superior que esas livianas y tornadizas impresiones que insinúa el instinto, apadrina el sentimiento, tolera la costumbre, disculpa el hábito y abona el uso; pero que la razón no aprueba, ni la filosofía debe respetar sino en lo que tengan de científicas, que ordinariamente suele ser muy poco.

Las críticas que de la obra del SR. CAMPOAMOR se han publicado hasta el día (al ménos las que conozco), pecan en su mayor parte, ó de excesiva laxitud, ó de sobrado rigorismo; rigorismo y laxitud que no arguyen sino compromisos de amistad ú obliga-

ciones de escuela en los que han escrito con la mejor buena fe y con la intencion más pura. No ha estado en su mano sobreponerse al orden de naturaleza, segun la cual, *ex abundantia cordis loquitur os*. Que no puede ménos de hablar siempre el amigo como amigo, y como sectario el sectario. (2)

Ni lo uno ni lo otro puede acaecerme á mí, ya que no estoy obligado al autor por cariño, ni desobligado por desvíos y malquerencia. Ni le conozco, ni me conoce. Y en cuanto al rutinario espíritu de escuela, tengo la dicha (ó la desgracia, si así place) de no haber encontrado maestro en cuyas palabras jure, *verbo et opere*, absolviendo ó condenando al tenor de ellas y en su autoridad fiado, como en concilio ecuménico, oportuna é importunamente. ¡Oh! y quién pudiera relatar, sin riesgos de cierto linaje, los males que infieren á la filosofía y el gravísimo daño que la hacen cuantos á ella se dedican por via de diversion y pasatiempo, sin curarse del cultivo y ejercicio de su propia razon, dándose por satisfechos con repetir frases tomadas al vuelo, y con exponer doctrinas que no entienden, pero que estiman buenas por haberlas aprendido de memoria!

No envidio, ciertamente, las glorias, ni anhelo la fama ni de Caton censorino, ni de Zoilo mordaz, ni de Aristarco descontentadizo; empero se me ha de permitir que diga sin ambages lo que pienso, y que rebata sincero una opinion en cuya virtud afirman muchos, que esto de filosofar es cosa llana y facilísima, y asequible á todos. ¡Cual si la suerte hubiera dotado á los hombres de igual poder intelectual, y cual si todos pusieran cuanto en ellos es para desenvolver y aumentar el que tuviesen! No, no están patentes los arcanos de la sabiduría sino para el que se llega á ellos con celo reverente y con circumspecta curiosidad; ni participará de la vivísima luz que brilla en las cumbres más eminentes de la ciencia, sino el que, al trepar por la escabrosa vereda del saber, todo lo examine y lo estudie todo, y todo lo mida y cuente y pese y escudriñe y aquilate con gran esmero, tacto delicado y prudencia suma, teniendo por indubitable que *non omnia omnibus, sed in omnibus labor et opus.*

Pluguiese al cielo que no confundiéramos y trocáramos con tanta frecuencia como hoy lo hacemos, lo que es propio de la razon, así como lo que al ingenio pertene-

ce, con lo que tan sólo atañe y corresponde al verdadero talento. Que entónces á poco se habria de reducir mi trabajo de censor, toda vez que bastaria á mi propósito demostrar de un modo llano, que no es lo mismo escribir una *dolora* conceptuosa para entretenimiento de gente baldía, que un tratado ontológico para enseñanza de personas doctas y en achaques metafísicos experimentadas. (3)

II.

Presentadme un escritor dado al retruécano, áun tratándose de asuntos graves, y sin temor á engaño, le calificaré de frívolo. Dadme otro que rebusque á cada punto dedenes afectados, que hiera, pero no arguya; que se burle y no discuta; que ria y no rzone, y, sin más deliberaciones, propondré que se le destierre de la república de las letras como á revoltoso de encrucijada y bullanguero de esquina. Y si me dijeren: tal autorcillo de supuesta filosofía trata de ignorar á PLATON, de ridiculo á DESCARTES, de impío á BOSSUET, á KANT de vacío y á PROUDHON de necio, no seré yo quien le califique; ántes me contentaré con mandar

copia sencilla del proceso para ante el jurado del sentido común, que es inamovible consejero de la especulativa, á la cual alienta cuando teme, aplaude cuando acierta y corrige cuando se equivoca y extravía, sirviendo, en suma, de uno como termómetro que señala sin discrepancia los grados de bondad ó de malicia de todo sistema filosófico y de toda teoría metafísica.

Viniendo ahora al SR. CAMPOAMOR y su libro, conviene que averigüemos cuál pretexto sugetivo y qué causa objetiva han dado origen á la exposicion de las doctrinas (si doctrinas son) que en LO ABSOLUTO se contienen. De esta manera, poniendo la vista en lo que llaman antecedentes históricos y personales de la obra que he de examinar, podrá ser el juicio que emita más completo y acertado. Digamos primero de los ontólogos en general, y despues diremos del nuestro particular y privativamente.

La donosa pretension de los ontólogos no data de ayer, seguramente, sino que viene tan de antiguo como el misticismo oriental, de que emana, y como la cabalística de los números, en que siempre buscó, si bien con éxito desdichado, fundamento, apoyo y base. No hay ontólogo que no presuma

de agudo matemático y que no sea, al menos de cierta manera, devoto de fantasía. Por donde es fácil cemprender qué razon media para que el ontologismo termine siempre en duda filosófica y en desabrimiento social, fruto desapacible de todo sistema panteístico-idealista.

Uno, igual é idéntico es el cánon esencial y constitutivo de esta filosofía desde PITÁGORAS á GIOBERTI, á saber: la propiedad innata del entendimiento humano para ver y contemplar y penetrar lo verdadero absoluto en una sola idea primaria, capital y luminosísima. Para los ontólogos no hay induccion, ni experiencia, ni progreso, ni más funciones mentales que la vision estática del alma seducida por la bondad, cautivada por la verdad y enamorada de la belleza perfectísima que en sí propia ve, contempla y goza en inefable y dulce arrobamiento.

En esto se cifran las ençeñanzas de PITÁGORAS. A esto se reduce lo más subido y excelso de las teorías de PLATON y de sus cien glosadores. A esto propenden SAN AGUSTIN y SAN ANSELMO en la Edad media, y BESSARION y FICINO en el Renacimiento. Esta fué una de las principales tendencias

originadas en el sistema de DESCARTES, que representaron SPINOZA y MALLEBRANCHE, reproducida luego por SCHELLING, al uso alemán, y después por ROSMINI y por GIOBERTI con formas escolásticas, y últimamente por el abate HUGONIN, filósofo de talento, erudito sin par, de fácil estilo y tan discreto al raciocinar, que, por no caer en lo absurdo, peca de ilógico á sabiendas. (*)

Tales son el abolengo y la prosapia con que cuentan las teorías que el SR. DE CAMPOAMOR propugna en el libro de LO ABSOLUTO, en el cual, si resplandecen dotes y excelencias que dan honor al poeta, se vierten proposiciones de tal índole que privan al filósofo de autoridad.

III.

El motivo ocasional de la obra no puede ser más liviano, según confiesa con laudable ingenuidad su propio autor. Habíasele admitido como socio en la Academia española (ignoro por qué merecimientos), y al recibir el diploma de tal, vinole en deseo disertar sobre *Que la metafísica limpia, fija y da esplendor al lenguaje*. Y como si

un discurso no fuera bastante para desenvolver á maravilla tema tan recóndito y abstruso, parecióle conveniente al SR. CAMPOAMOR alargar su desenvolvimiento nada ménos que un libro, sin mirar que los donaires tienen tambien su límite, fuera del cual pueden trocarse en desvariada imper-tinencia.

¿De qué trata la obra del SR. DE CAMPOAMOR? La respuesta es sencillísima. Trata de todo y de nada. Pero he dicho mal: trata de todo, menos de lo que tratar debiera. LO ABSOLUTO no es una exposicion didáctica, ni racional, ni científica, ni sistemática, ni lógica, ni de sentido comun siquiera, bajo el punto de vista de la filosofía; no es sino una mera exhibicion personal (entretendida, amena y grata, si se quiere) de ciertas ideas que el autor guarda en su memoria, y que fecundiza, engalana y atavia con su imaginacion al reproducirlas con soltura y gracia, bien así como rápsoda diestrisimo que, despues de cavilaciones mil y en fuerza de hilvanar una y cien veces retazos varios en color y origen, zurce y compone una pieza vistosa, pero arlequinada, en la acepcion inofensiva del vocablo.

Tengo para mi que el padre de LO ABSO-

LUTO no ha conocido su hechura al verla en manos de algunos de sus padrinos. ¡Tan donosamente la han disfigurado! A semejanza del personaje cómico de MOLIERE, le acaece, sin duda, al SR. DE CAMPOAMOR el hallarse hecho, como por via de encantamiento y como por arte de milagro, todo un filósofo trascendente sin que lo hubiera sospechado, ni aún en sueños (*).

Hagamos por reducir á polvo tantos castilletes como se han levantado sobre arena, á propósito de LO ABSOLUTO, y por convertir á la nada la inmensa y aparatosa cohorte de racionios de embeleco que ha podido ser parte á realzarlo y sublimarlo hasta más allá del olimpo de la metafísica, con mengua no escasa de lo razonable y con perjuicio notorio de lo que á los fueros de la verdad se debe.

LO ABSOLUTO abraza dos partes, despues de una intruducción. De ésta me ocuparé hoy, dejando cada una de las otras para un artículo especial.

IV.

Si el valor de LO ABSOLUTO hubiera de medirse por las promesas que en cada pági-

na de él se enuncian, no habria de seguro obra de mayores quilates ni de precio más subido, ni en las bibliotecas de los sabios que fueron, ni en la mente de los filósofos que existan en cuanto el mundo dure. Entonces se podria satisfacer de buen grado aquel desaforado antojo del autor, en cuya virtud hubieran de reducirse á pavesa cuantos libros se han escrito hasta hoy, salvo trece, á saber: «seis filósofos, tres poetas, dos historiadores, algun sabio, un novelista,» y este que examinamos, que es (segun CAMPOAMOR) el mejor de todos los libros, el libro típico, el libro sin par, el libro príncipe, el libro necesario, cifra clara y resúmen brevísimo del saber, puesto al alcance del más rudo con evidencia nunca ántes vista y con certidumbre que nadie será osado á desmentir en lo futuro.

Mas ¡oh dolor! este cariño de padre es, como casi todos los cariños, extremado yiego. ¿Lo dudais? Pues oid tan solo una reflexion llanísima.

Es notorio que el vicio capital de la filosofía, ó mejor, la dificultad suprema con que se ha tropezado en el decurso de la historia al convertirse de teórica en positiva, y de gimnasio mental en ley de vida (que es su

perpétuo anhelo), consiste en una especie de divergencia ó de dualismo que ha obligado, aun á pensadores eminentes, á echar por una de estas dos veredas, sembrero de gravísimos errores una y otra, conviene á saber: declararse inhábiles para discernir y comprender lo más sagrado del pensamiento y lo más excelso de la razon, ó declararlo y explicarlo por medio de rodeos ajenos, y quizás contrarios, al criterio que ha de presidir en toda especulacion verdaderamente racional. De donde era que, bajando de su elevado puesto de honor, la inteligencia del hombre oscilaba á impulso de empirismo torpe unas veces, y de oscuro idealismo otras, hasta dar en el despeñadero de dudas estériles y de absurdas negaciones.

Prosiguiendo este razonamiento, no hay quien no vea, así en el umbral como en la cúpula de la filosofía, oposicion de sistema á sistema, de método á método, de lo absoluto á lo concreto, de lo ideal á lo real. Y, aun dentro de escuelas y sistemas, contradicciones lógicas, y psicológicas, y cosmológicas y ontológicas, toda vez que existen divergencias entre el sugeto que conoce y el objeto cognoscible, entre la dialéctica formal y la dialéctica racional,

entre el espíritu y la materia en la persona humana, entre Dios y el mundo, entre lo permanente y lo variable, lo necesario y lo contingente, lo idéntico y lo diverso, lo finito y lo infinito, y entre lo uno y lo vario. Y como no han sido parte á poner en armonía estas diferencias, negaciones y contradicciones (que segun todo buen discurso deben de ser nada más que sugetivas y aparentes), ni la crítica noscitiva de KANT, ni la sustancialidad activa del sugeto de FICHTE, ni el rítmico moverse de objeto y sugeto de SCHELLING, ni la acordada marcha dialéctica de absoluto y concreto de HEGEL, ni el racionalismo sincerético de KRAUSE, con ser uno de los filósofos mas agudos de que hay memoria, esperaba yo inocente de mi! que el SR DE CAMPOAMOR hubiera dado en su libro con el verdadero norte de la filosofía, concertando todo lo disgregado de los sistemas anteriores, y dando clave segura para todos los sistemas de lo porvenir. Léjos de esto, paréceme que el autor de LO ABSOLUTO no ha comprendido ni penetrado en lo principal y sustantivo de las escuelas antiguas, ni aun ha logrado orientarse entre la muchedumbre de las que hoy aspiran á regir soberana-

mente los destinos gloriosos del pensamiento de la humanidad en larga extension de siglos y generaciones. (6) Abónale razon sobrada, por tanto, al decir, en la primera página de su libro, que no intenta sino exponer teorías antiquísimas y envejecidas, pues todas las de que hace mérito, ligerísima y desconcertadamente, prueban á porfía que sabe practicar la cómoda doctrina que informa este singular proverbio: *quod non intelligo, nego*. Así, los lectores de LO ABSOLUTO que anhelan saber por medio de la introduccion qué intenta demostrar y por cuales medios el SR. DE CAMPOAMOR, perderán el tiempo vanamente. El proemio guarda, no obstante, analogía perfecta con el cuerpo de la obra, pues en aquel y en ésta campean á placer negaciones gratuitas, afirmaciones sin datos, elogios sin pruebas, estigmas sin razon y proposiciones que flotan al aire á merced de los antojos de la potencia imaginativa de quien escribe inconsiderado y veleidoso, ora destruya con piqueta de demoleedor audaz, ora edifique con trastornado cuadrante de arquitecto de fantasmagoría.

Descartando innumerables incongruencias que constan en la introduccion á LO

ABSOLUTO, conviene reflexionar sobre lo que filosóficamente pueden valer tres aseveraciones que en ella emite su autor, la primera sobre la idea del progreso, la segunda sobre el carácter unísono de la ciencia, y la postrera sobre el método para llegar á lo absoluto.

V.

¿Qué entiende por progreso el SR. DE CAMPOAMOR? No lo dice. ¿Por qué lo niega tocante á religion y metafísica? Porque así le place. ¿De qué manera? Veámoslo.

«Zaherir á la religion y á la metafísica (dice en la página 19) por su falta de progreso, es una insensatez propia de los que ignoran por completo los fundamentos de la metafísica y de la religion. Ni Dios, ni el espíritu, se forman parte por parte, ni día por día. Dios es lo perfecto; y el hombre, hecho á su imágen y semejanza, es lo perfectible. El progreso es lo perfectible que se adelanta hácia la perfeccion. De las dos partes en que se divide la filosofía, la ciencia y la moral, la ciencia ó el hombre es lo perfectible; y la moral ó Dios, es lo perfecto. La metafísica y la religion son inva-

riables, no tienen progreso. Si fuesen progresivas, serian movibles; y si la verdad fuese móvil, ¿hacia dónde se habia de progresar? ¿Podrá haber ciencia sin una verdad especulativa invariable, á la cual ajustásemos, progresando, nuestras innumerables verdades de hecho? ¿Qué sería la moral sin un tipo de justicia eterno á que referir todas las acciones de la vida? ¿Sería posible la navegacion sin la fijeza de la estrella polar? Hasta aquí el SR. DE CAMPOAMOR, en cuyas palabras no sé qué admire mas, si las contradicciones que encierran, los absurdos que contienen, ó la ignorancia supina que revelan, si ya no fuese que trata de recrearse y de recrear á los cándidos para quienes un sofisma especioso vale tanto como un argumento incontestable.

Lo primero que se nota, leyendo el párrafo trascrito, es que su autor confunde lastimosamente la identidad con la unidad, y hasta la unidad numérica con la unidad ontológica. De otro modo, comprenderia que en metafísica y en religion, con ser unisonas é idénticas, se da progreso y cabe variedad. ¿Por cuál modo? Por el mismo que el SR. DE CAMPOAMOR es uno y vario, toda vez que sin dejar de ser el mismo, ha lle-

gado á la virilidad pasando por la infancia, por la niñez y por la juventud. La razon del SR. DE CAMPOAMOR no me dirá que se le haya mudado y trastrocado por otra desde que tenga memoria de sí. A pesar de esto, ¡qué diferencias y mudanzas, qué variaciones y progresos entre la razon que dicta *semblanzas* y entre la que dicta *ternezas y flores*, entre la que dicta *tratados de leyes* ⁽¹⁾ y la que dicta *dolorás*, entre la que dicta *fábulas* y la que dicta *polémicas*, y entre la que dicta *personalismos* y la que dicta *absolutos*! ⁽²⁾

Demás de que veo gravísimo yerro en suponer que la filosofía puede dividirse, no ya por modo de análisis, sino de una manera intrínseca, en moral de un lado y en ciencia de otro. ¿No repara CAMPOAMOR en que se compadece mal este aserto con aquel otro suyo en que declara, que las ideas son, no sólo necesarias, sino que tambien imprescindiblemente generadoras de los hechos? ¿Y qué es la ciencia sino idea? ¿Qué la moral sino hechos? ¿Por ventura ha olvidado el autor de LO ABSOLUTO que entendimiento y razon mandan como soberanos, y que voluntad y albedrío les prestan culto de obediencia?

No se diga tampoco que la moral es Dios, y la ciencia el hombre: porque esto sería añadir absurdo sobre absurdo y contradicción sobre contradicción, toda vez que ni la una ni la otra son personas, sino relación con datos seguros, con regla fija, en buen hora, pero relación al cabo variable y perfectible con respecto á uno de sus términos, la inteligencia humana. Fuera de lo dicho, probar que el progreso es ley de vida en todas sus esferas, cuan múltiples y dilatadas son, no es cosa sino de mirar y ver: que es patente que no ven todos los que miran. ⁽⁹⁾

En un capítulo intitulado *La unilogía* (pág. 23), asienta el Sr. DE CAMPOAMOR que la ciencia, ó es una, ó no es ciencia. Admitido: pero que la ciencia sea una, ¿se opone á que sea varia? De ningun modo; y esto es lo que aparenta no comprender el autor de LO ABSOLUTO, con ser un concepto rudimentario y llanísimo. Es, por consiguiente, falsa de toda falsedad la especie que de aquí deduce nuestro buen ontólogo diciendo (pág. 26) que la unidad de la ciencia exige, como indispensable requisito, la reunion de todas las direcciones esparcidas del espíritu humano en una idea numéri-

camente sola. Cuál sea esta, no lo ha descubierto, ni es dable lo descubra otro que el SR. DE CAMPOAMOR, de lo cual se engríe sin tasa, así como de haber forjado, con auxilio de troquel tan excelente, un libro que no tiene par. Aquí estriba, por cierto, el error capitalísimo de LO ABSOLUTO, esparcido y disgregado del principio al fin de la obra, como mas por extenso y á la larga se verá despues.

En el tercero y último capítulo del proemio (pág. 35), asegura su autor que trata *del método*, y dice así: «¿Cuál es el método que he seguido en la composicion de este libro? Uno muy fácil: he estudiado una idea, la he desarrollado, y luego la he formulado de la manera siguiente: *La esencia de las cosas son las ideas, y la esencia de las ideas es la idea de cantidad*. Tal es el principio y el fin de este libro. Podrá no ser bueno; pero es claro y sencillo; no será cierto; pero por lo ménos es lógico.» ¡Válanos Dios por tanta batahola! No se trata al presente, SR. DE CAMPOAMOR, de averiguar si V. ha desenvuelto y formulado sus ideas fácil, clara, lógica y sencillamente; sino de saber de *cuál método* se ha servido para llegar á esa facilidad, claridad, lógica y sencillez

envidiables de sus doctrinas y enseñanza. A vuelta de unos cuantos discreteos y desahogos contra BACON, DESCARTES, CONDILLAC y HEGEL, afirma resueltamente el SR. DE CAMPOAMOR que en filosofía no puede seguirse otro método que el sintético. ¿Por qué? Por que (¡admírese el lector!) *la certidumbre metafísica se apoya en nuestro sentido íntimo, cuya importancia no ha sido disputada jamás, puesto que todos se fián plenamente en la conciencia.* De donde se sigue que el autor de LO ABSOLUTO confunde y trueca de lleno el *criterio* con el *método*, además de aseverar, con increíble descuido, en quien tanto presume de sí, que cuantas verdades forman el patrimonio del saber son verdades de conciencia. Esto no ha menester comentarios ni observaciones.

En el párrafo final de la introducción se lee: «En cuanto á la división de la obra, en mí no ha sido voluntaria. Dado el sistema, su división era inevitable.» «La metafísica, ciencia de la cantidad, ciencia de las ciencias, legislación de las legislaciones, la he dividido en dos partes: primera: *De las leyes de la inteligencia de Dios*; segunda: *De las leyes de la bondad de Dios.*»

O el SR. DE CAMPOAMOR padece eclipses de entendimiento y memoria, ó no alcanzo qué tienen que ver esas leyes de la inteligencia y de la bondad de Dios con el peregrino axioma sobre la cantidad. De todas maneras, sospecho con motivo fundado que, leyendo esta division de la obra, no habrá quien no espere un tratado místico-dogmático-teológico-moral, en vez de un tratado de ontología ó de pura metafísica. A pesar de esto, aún abriga el autor de LO ABSOLUTO la firmísima esperanza de que, en virtud de su libro (pág. 43), *vendrá algun pensador á convertir la torre de Babel de la filosofia en el fuerte inexpugnable de la verdad absoluta.* ¡Qué candidez! ¡Cuánta ilusión!

Febrero de 1866.

O el Sr. de CAJALON padre escipian
de entendiendo y memoria ó no alcanza
que tienen que ver esas leyes de la inteli-
gencia y de la bondad de Dios con el per-
grino axioma sobre la cantidad. He todas
maneras, respecto con mi yo también que
leyendo esta division de la obra, no habria
quien no espere un tratado mistico-dogma-
tico-teologico-moral, en vez de un tratado
de ontologia ó de pura metafisica. A pesar
de esto, aún abraja el autor de LO ANSO-
LITO la finisima esperanza de que en vir-
tud de su libro pag. 137 tendrá algun
punto de convergencia la torre de Babel de
la filosofia en el punto inapropiado de la
cantidad absoluta. Que cantidad? Cantidad
ilusion!

Edición de 1881

—33—

ARTÍCULO SEGUNDO.

Dijo muy bien el que dijo: comparar no es razonar. Mas de aquí no se deduce, por modo alguno, que las comparaciones no sean, hasta cierto punto, necesarias, y desde luego convenientísimas para dar gracia y esplendor á las ideas, y para enderezar el flaco pensamiento del hombre de grado en grado y de escala en escala con rumbo plácido y sereno hácia la sublime esfera en donde brillan con fulgor perenne los conceptos más absolutos, los principios más universales y las verdades más altas.

Y esto que digo de las comparaciones se aplica más de lleno, y con motivo fundado, cuando ocurre analizar teorías, cuyo desen-

volvimiento estriba por lo comun en metáforas y tropos y en todo linaje de figuras de expresion, ménos propias de retórico molesto que de grave pensador, y que, por tanto, si cuadran gallardamente en novela entretenida, desdicen muy mucho en un tratado metafísico, bien así como hijas que son del sentimiento á cuyo impulso brotan, y no de la razon á la cual, si no se oponen, la estorban á las veces á modo de atavío rebuscado y de supérflua galanura.

Ignoro hasta qué punto se dañan, cuando se juntan en uno, las cualidades de filósofo y las excelencias de poeta, al discurrir sobre los problemas de la ciencia madre, de la ontología. A los que repusieran evocando en son de triunfo las doctrinas maravillosas de PLATON, pudiéraseles decir que el filósofo divino es único en la historia de las investigaciones supremas de la inteligencia ihumana. Y acaece siempre á los que de imitarle tratan, dar sin remedio en el escollo de sus defectos, sin tocar, ni de léjos, la meta de sus primores verdaderamente incomparables.

Así vemos con harta frecuencia en el decurso variado, y no siempre consolador, de las evoluciones filosóficas, á ingenios pere-

grinos correr liviana y caprichosamente de rama en rama y de flor en flor, no como abeja diligente y sábia, mas como versátil mariposilla que al acercarse á la luz parece miseramente víctima de engaño triste. Y si va á decir verdad (por mas que el ánimo se duela y lo rehuse), el espíritu que ha dictado la obra que examino, ántes parece imitar el sucumbir de inexperta mariposa, que el libar de abeja cuerda y sapientísima. En LO ABSOLUTO no se encuentran panales de sabrosa doctrina, sino ráfagas de resplandor artificial, en las cuales, si se engolfa ligera y bullidora la inteligencia, se enturbia y oscurece primero, para morir despues envuelta en sudario de humo que sofoca y de vapor que asfixia.

Ved si no cuanto se dice en la parte principal del libro, en donde se discurre largamente sobre *la ciencia del ser en general*, sobre *los seres espirituales con relacion al ser universal*, y, por último, acerca de *los seres de la naturaleza fisica con relacion tambien al ser universal*; es decir, que se desenvuelven y exponen los principios generales y capitalísimos de la ontología, de la psicología y de la cosmología. Digamos de qué manera y con cual éxito, no para

su autor, que siempre lo alcanza lisonjero, sino para la ciencia, que es el propósito de mi tarea.

II.

No daría yo, ciertamente, libelo de repudio á la definicion que de la filosofia expuso el mas docto entre los romanos, diciendo que es: *rerum divinarum atque humanarum, causarumque quibus hæ res continentur scientia*; (¹⁰) empero, siendo menester la precision para no errar en cosa tan grave, mayormente ahora que pecamos sin excepcion generalizando enciclopédicamente y hablando de todo á propósito de cualquier asunto baladí, tengo por necesario reducirla á los siguientes términos, aceptables, en mi juicio, aún para los mas escrupulosos y mirados, á saber: *filosofia es ciencia que enseña las verdades primarias que acerca del Ser, de Dios, del mundo y del hombre pueden alcanzarse con el mero auxilio de la razon.*

Lo que por bajo de esto cayere, será asunto de experiencia, de arte, de historia,

que no de filosofía. Y lo que por encima estuviere, será, en todo caso, asunto que solamente atañe á revelaciones directas de religion. La filosofía, por consiguiente, como enseñanza precisa, como disciplina concreta, se agita en círculo mas ancho y noble que el de los hechos que vienen, pasan, se chocan y atropellan en rápido torbellino, y se mueve en region separada de la en que los oráculos pronuncian sus sentencias pavorosas y sus fallos inapelables. Bástale al filósofo su propia dignidad y su augusta investidura y su cetro esplendoroso: el cetro del vulgo le rebaja y envilece; el de la divinidad le anonada y le confunde.

En tres clases no contrarias, pero sí diversas, pudiéramos separar las verdades, objeto de la investigacion racional, que son: verdades abstractas, verdades experimentales y verdades mixtas, al ménos discursiva y analíticamente. Las primeras son aquellas de cuya certidumbre nos poseemos en el instante mismo en que se enuncian las nociones de sugeto y atributo que informan; las segundas son aquellas cuya exactitud proclamamos evidente con auxilio del sentido íntimo, ó segura con el de los sentidos corporales; las mixtas proceden, por

via de raciocinio, de un concepto *á priori* y de otro concepto de hecho.

De estas indicaciones someras se desprende una observacion que importa en sumo grado para discernir y aclarar los tratados varios en que el estudio de la filosofía se divide.

Así, las verdades empíricas pertenecen á la jurisdiccion plena de la psicología y de la cosmología; las verdades mixtas pertenecen al dominio de la teodicea y de la ética, quedando para la metafísica propiamente dicha, para la ontología, el conjunto que forman las verdades abstractas, *á priori* ó absolutas, así llamadas antonomásticamente, pues que toda verdad, por el hecho de serlo, es verdad absoluta.

Ahora bien: el Sr. de CAMPOAMOR ¿se ha propuesto tratar de los principios cardinales de la filosofía de una manera abstracta, incondicional y absoluta, ó se ha propuesto tratar de ellos con aplicacion á las secciones varias en que esa ciencia se divide? A juzgar por el título de la obra, así como por las promesas que en la introduccion se apuntan, era de creer que no se ocupase sino de lo primero; mas por el contenido total de LO ABSOLUTO, se ve que tambien discurre lata-

mente acerca de lo segundo. ¿Será defecto puramente de forma y de método, ú entraña algún error grave y trascendente? Si no me engaño, el origen de esto parte derechamente del yerro capitalísimo de LO ABSOLUTO, que consiste en reducir, ó en pretender reducir, contra la naturaleza de las cosas, á un concepto numéricamente solo todos los conceptos, todas las ideas, todos los principios, todos los axiomas y todos los criterios del saber humano.

Sea de eso lo que fuere, conste que el señor de CAMPOAMOR promete un libro sobre ontología y metafísica suprema, y nos da otro en que la ontología es la parte menor, intensiva y extensivamente, y en el cual se extiende y se dilata exponiendo teorías y opiniones con enlace aparente, pero no real, sobre psicología y cosmología primero, y despues sobre fisiología, sobre moral y aun sobre estética, que es lo que constituye la última division de la obra.

Vengamos ya al exámen concreto de las afirmaciones que enumera, dando principio por el siguiente llamado teorema que sirve de tésis al tratado sobre la ciencia del ser en general: LA SUPER-SUSTANCIA CREA LAS SUSTANCIAS.—LA CANTIDAD SUPREMA, DIOS,

CREA LAS CANTIDADES SUPERIORES, LOS SERES ESPIRITUALES, Y LAS CANTIDADES INFERIORES, LOS SERES MATERIALES.

III.

Alucinado por extremo debió de estar el autor de LO ABSOLUTO al exponer que la verdad no puede salir del materialismo, ni del panteísmo, ni del psicologismo, *porque la verdad es ontológica*. Con pedirle que probase racionalmente, cual incumbe á un filósofo de valía, el último extremo de esa proposición, quizás se viera encerrado en oscuro laberinto, cuya salida no fuese dable encontrar ni por medio de agudezas de imaginación, ni por medio de sofismas ingeniosos.

Que no todas las verdades ciertas, inconcusas, indestructibles sean verdades ontológicas, no es cosa sino de sentido común. Esto se ve; no se prueba. Que los sistemas materialista, panteísta y psicológico merezcan anatema y censura por lo que tuvieren de exagerados (que no es poco), paréceme asunto puesto en razón; pero no así el afir-

mar que en ellos todo es erróneo, único fundamento en que pudiera fundarse el aserto del Sr. de CAMPOAMOR, que olvida una sentencia que, siendo vulgar, encierra un gran atestado filosófico, esto es: que de la manera que puede salir, y sale de hecho, el bien del mal en las esferas morales, no de otra sucede en las metafísicas que la verdad salga de la misma médula de los errores más estupendos. Y esto es de tal modo cierto, que aún del libro del Sr. de CAMPOAMOR confío que han de reportar algún provecho los filósofos que tengan ánimo, resolución y paciencia para leerlo hasta el fin.

Y maravilla tanto más ese modo de raciocinar por vía de intolerante exclusivismo, cuando el autor de LO ABSOLUTO peca frecuentemente, y en grado mortal, dando de lleno, ora en el petrificado océano del panteísmo, ora en el angosto surco del materialismo, y también en el inseguro moverse de la frágil rueda del psicologismo. ¡Tan firme, tan segura, tan invariable, tan sólida, tan grande y tan fecundísima es la idea única, la idea primaria, la idea capital y nueva de LO ABSOLUTO!

Hay en la obra un capítulo con el mo-

desto epígrafe de *genealogía de la verdad*, del cual deduzco, que si el autor entiende tanto de heráldica solariega, como de heráldica metafísica, no debe de escribir en su vida una palabra que á noblezas y linajes diga relacion.

Sagrario, tabernáculo y sancta-sanctorum de LO ABSOLUTO es cuanto se dice bajo el nombre de la *idea sustancial*, en donde reside el maravilloso secreto de la peregrina filosofía campoamoresca. A dos reduciré las observaciones sobre este punto.

La perspicacia de nuestro ontólogo sube aquí de tal manera, que aturde por lo inusitada y seduce por lo exquisita y fácil. Encontróse en el vestíbulo de la ciencia trascendental con unos cuantos vocablos al parecer diferentes y explicativos cada cual de una idea diversa; y como esto fuese cosa un tanto pesada é ímproba, halló medio el Sr. de CAMPOAMOR de evitarse molestias á sí propio y á los que en adelante siguieren el derrotero de su fantasía y el rumbo de su iluminismo.

De hoy más, ente, ser, causa, esencia, sustancia y existencia, expresan, valen y significan una sola y misma cosa: la idea sustancial. El lector discreto comprenderá,

sin duda, cuánto revela este desaforado capricho de unisología que, á modo de vértigo, marea y enloquece áun á talentos de suyo claros y lúcidos. Pero veamos cuál es esa idea de sustancia, idea esencial, idea madre, idea tipo, idea, en fin, de las ideas; segun el Sr. de CAMPOAMOR.

Como muestra, copiamos el párrafo siguiente:

«Puestos en posesion de la abstraccion más mínima, que es el punto matemático, despojado de toda relacion con ningun otro punto, y exento todavía de ninguna cualidad, no podemos prescindir de una cosa, y es de considerarle como una cantidad, muy mínima, eso sí, pero en fin, hasta el punto matemático tiene que ser considerado como una cantidad. LA IDEA DE CANTIDAD, PUES, ES LA IDEA SUSTANCIAL DE LA CREACION.»

Y prosigue:

«Y si la idea sustancial de la creacion es la cantidad, hasta de la mas mínima parte de la cantidad, ó sea del punto matemático, de este punto matemático que nosotros hemos supuesto, se deben deducir por GENE-RACION NECESARIA todas las ideas necesarias de todas las creaciones posibles.»

Es decir, que todo cuanto existe, real ó idealmente necesario ó posible, se deduce de una imaginacion, de un antojo, de un capricho, de un nonada fantástico y aéreo. Y como la idea sustancial es lo eternamente necesario, fatal, inmutable y fijo, segun el autor de LO ABSOLUTO, y la cantidad es todo lo que puede tener aumento ó disminucion en una escala infinita gradual ó de serie, segun el mismo, resulta el absurdo soberano de que lo necesario es igual á lo contingente, lo fijo á lo mudable, lo eterno á lo temporal, lo infinito á lo finito, lo abstracto á lo concreto, y lo relativo á lo absoluto; que esto vale afirmar que lo cuantitativo es consustancial con lo cualitativo. ¡A tanto llega el alcance de una aseveracion liviana!

Admitamos de grado que la idea de cantidad es imprescindible en toda otra idea, nocion, juicio y racionio, cosa que es de todo punte falsa; pero admitámosla provisoriamente, y preguntemos: ¿se deduce de aquí que esa idea es *necesariamente la ÚNICA generadora* de las demás que la mente del hombre alcanza? De ningun modo.

En todo ser, por el mero carácter de tal, brillan primero la seidad, luego la unidad,

despues la verdad y la bondad, por fin, propiedades llamadas trascendentas y ontológicas, porque á todos alcanza, desde el supremo al ínfimo, desde el incomensurable por su grandeza hasta el incomensurable por lo imperceptible; desde el globo al átomo; desde el insecto á Dios. De forma, que al hablar de cualquiera de los seres, al percibir, al juzgar, al inducir, al deducir, al enumerar ó al comparar, presuponemos que es, que es uno, que es verdadero y que es bueno, ontológica ó metafísicamente hablando. ¿Deduciremos de aquí que la sei-
dad, la unidad, la verdad ó la bondad, son ideas necesariamente generadoras de las demás, no solo de un modo genérico y en conjunto, sino cada una de por sí absoluta y exclusivamente? Esto ya se ve que es imposible, y es imposible porque es absurdo; y es absurdo porque conviene y es propiedad de muchos lo que atribuiríamos á uno solo, que es igual á los otros en categoría é idéntico en naturaleza bajo el punto de vista de que se trata.

IV.

Y si esto que decimos sería imposible respecto de las propiedades ontológicas de los seres, ¿cuánto mas no le será respecto de la idea de cantidad, que es inferior á ellas en origen, en categoría y en aplicacion extensa é intensivamente? La cantidad es idea necesaria, á lo sumo, en la esfera de las ciencias fisico-naturales; en la filosófico-morales, ¿cómo, dónde, con qué objeto, para qué fin entra? La percepción, la evidencia, el sentido íntimo, el testimonio de las gentes, el principio de identidad, el de contradiccion y todas las demás fuentes de certidumbre y todos los demás criterios de verdad, ¿dónde la requieren, para qué la necesitan? ¿qué valor les da, qué elemento les presta, qué trascendencia, que ya no tuviesen, adquieren por medio de ella? (")

Ni vale acudir á la ridícula algarabía de que la cantidad se forma por yuxtaposicion y por intususcepcion; porque de uno ó de otro modo la cantidad siempre será cantidad, y los sofismas sofismas, y los delirios

delirios. Si el Sr. de CAMPOAMOR fuese menos dado á ellos, no presentaria en cada página de su libro el lastimoso espectáculo de aparecer á un tiempo materialista empírico y ontólogo visionario tocado de iluminismo.

Como el Sr. de CAMPOAMOR (sea dicho con la vénia debida), há menester todavía de algunos años de lactancia filosófica, no expongo otra clase de observaciones á sus infundados asertos acerca del número, de la extension, de la infinitud, y de la razon ultrapersonal de que habla como por oidas sin plan, sin órden, sin concierto y sin fijeza.

Si yo le dijese que la idea de extension infinita, es una idea vacía, que nada representa, sino un sueño, quizá no comprendería qué pretendo significar con esto y en qué lo fundo. Si añadiera que es metafísicamente imposible una serie de números infinita, le sucedería lo propio. Y para que el lector avisado y discreto juzgue de los teoremas ontológicos de nuestro autor, bástele recordar el que arriba copiamos, en el que se afirma que Dios es cantidad; ó lo que es lo mismo, que Dios es susceptible de aumento y disminucion, ora yuxtaponiendo, ora

intusrecibiendo, según frase castiza, elegante y pulcra del académico señor CAMPOAMOR. Los más atrevidos de entre los modernos alemanes, tan frágiles para caer en toda clase de herejías y tan funestamente dados á todo género de impiedad, pareceme que no han osado afirmar tan estupenda blasfemia, ni en los mayores accesos de sus intemperancias, que no tienen número ni medida.

Es, pues, visto que las disquisiciones ontológicas del autor de LO ABSOLUTO, no son sino materialismo puro de tosca urdimbre y y trabazon empírica, vulgar y torpe.

V.

Triste cosa es, y enojosa además, haber de arrancar una por una y de cuajo, gratísimas ilusiones á quien las acaricia dulce y amorosamente como único alimento de inteligencia en grado superlativo. Mas, ¿qué hacer si la crítica lo exige, y la ciencia lo ordena, y la razón lo manda? Y si con lo ántes apuntado hubiera puesto fin á mi tarea de censor, debiendo comenzar ahora mi

tarea laudatoria y encomiástica, tendríame aún por feliz y dichoso. Empero, mis muchos pecados ó mi poca suerte hacen de manera que haya de seguir indefectiblemente el mismo rumbo en adelante, exponiendo reflexiones, parcas y sobrias, así acerca de la psicología, como sobre la cosmología del Sr. CAMPOAMOR, el cual empieza á explorar el primero de estos puntos haciendo alarde del siguiente teorema:

«PSICOLOGIA. No hay más saber que la metafísica, ciencia de lo absoluto, de la cantidad suprema, que se divide en dos ramas ó grupos de ideas, que son la moral, ciencia de las cantidades superiores, y las matemáticas, ciencia de las cantidades inferiores. Lo inferior, así como lo superior, es; pero solo lo superior sabe que es.» (12)

Dando al olvido otras mil objeciones que á la doctrina aquí expuesta, y no probada, se oponen de un modo concluyente y decisivo, sólo advertiré que en ellas se anida, con trasparente cendal velado, el excepticismo más completo y la duda más universal que han proclamado pirrónicos desde que el mundo es mundo. Los seres inferiores, en cuyo número cuenta el Sr. de CAMPOAMOR al hombre y á los demás espirituales

creados, no pueden saber que son; no tienen conocimiento, ni conciencia de sí. Por donde, si el hombre sabe que existe, no es por que lo vea, ni por que lo sepa racional y fundadamente, sino porque se lo han enseñado por vias inaccesibles á todo pensamiento en realidad filosófico. Y como no hay razon para afirmar que quien nada sabe de sí con evidente certidumbre, puede saber algo de lo que él no sea con certeza y resolucion, síguese forzosamente que el hombre no guarda en su inteligencia sino recuerdos y memorias de lo que le habrán mostrado, en buen hora, pero de cuyo fundamento sólido y base metafísica no tiene idea.

De esto á proclamar el sobrenaturalismo filosófico, negando el poderío y el alcance de la razon personal, apenas media distancia que perceptible sea. Y las cosas en tal estado, no hay sino decir con VALDEGAMAS que solo la iglesia católica puede afirmar y negar, y que toda otra afirmacion ó negacion está sujeta á engaño y es fuente de mentira, de perturbacion, de caos. Proposicion condenada como mal sonante y próxima al escepticismo por doctísimos y piadosísimos varones, y aún por la misma Santa Iglesia,

fuera del sentido comun que la rechaza, y de la filosofía que la condena de plano. (13)

Esto, que pudiéramos llamar propension infundada y caprichosa hácia el misticismo escéptico en el autor de LO ABSOLUTO, es muy de ver, sobre todo, en los párrafos donde examina el origen de las ideas, y lo que apellida problema del conocimiento.

Al Sr. de CAMPOAMOR no le parece posible saber ni conocer nada si no es con el auxilio de su idea madre de cantidad, nueva especie de mediador plástico, reminiscencia del espejuelo de los escolásticos, reaparicion graciosa de aquel *influxus* raro y peregrino en cuya virtud comerciaban, en apacible concierto, cuerpo y alma, espíritu y materia, al decir de la antigüedad, sabia en mucho, y cándida en no poco.

Como se ve, el Sr. de CAMPOAMOR ha mudado de forma, pero nada más que de forma, al desenvolver su problema del conocimiento, en cuya resolucion han errado de un modo lastimoso los autores que cita, y otros que no cita, los cuales todos parten, en mi entender, de una nocion falsísima acerca de la naturaleza de las ideas y de su oficio en las operaciones mentales y discursivas.

Digo, pues, que si admitiéramos que las

ideas son ídolos ó imágenes de las cosas, y que á éstas no se las ve en sí directamente, sino por medio de aquellas, en las cuales se supone que se retratan con fidelidad, no podríamos, percibiendo, juzgando ó racionando, afirmar ó negar nada de las cosas, sino de las ideas; en cuyo caso nada comprenderíamos de la realidad, quedando reducido todo nuestro saber á meras fantasías de abstraccion, y á lo sumo, á puro excepcionalismo idealista. Porque, ¿en virtud de qué secreto velado y oculto á la razon, atribuiríamos con certeza y sin temor á equivocaciones, atribuiríamos, digo, á las cosas, lo que sabemos únicamente de las ideas? ¿Por dónde nos consta la identidad (si es que la pudiera haber) entre las unas y las otras? En buena lógica, y más que en buena lógica, en recta filosofía, no es lícito afirmar cosa que la mente no vea, lo real como real, y lo ideal como ideal. No hay medio; ó vemos directamente las cosas, ó no las vemos; si lo primero, no son menester ni el mediador plástico, ni la fé innata, ni el instinto fatal, ni el *influxus*, ni el espejuelo, ni la idea madre de cantidad, ni otros adimínculos de igual valía, hijos todos de precipitacion y ligereza; si lo segundo, resig-

némonos á vivir sin rumbo fijo, víctima de engaños, juguete de ilusiones, envueltos en oscuridad y sombras, triste sudario de la razon, que entónces no sería faro, sino escollo; ni luz, sino tinieblas; ni dicha, sino tormento; ni guia, sino abismo; ni sublime destello de la divinidad, sino fulgor siniestro del averno.

VI.

Para conclusion del presente artículo, resta que digamos sumariamente sobre el pensamiento capital (si lo tuvieran, que no lo tienen) de las ideas cosmológicas del señor de CAMPOAMOR, cuyo materialismo ontológico y cuyo idealismo excéptico en psicología hemos apuntado arriba con la brevedad y premura en esta clase de escritos necesaria.

Al exámen de cien problemas árdulos y sutilísimos dedica el autor del libro que juzgo sólo dos capítulos, en donde los primores de estilo, lo pintoresco de la frase, la galanura de la forma, las imágenes, las hipéboles y todo género de exornacion literaria corre parejas, y anda como á la porfia con la gravedad de los errores, lo aventurado de los asertos, y lo estéril de las

proposiciones en la esfera de la ciencia y en el terreno de las probanzas.

Líbreme el cielo de fulminar acusaciones sin datos ni motivos en que estriben con firmeza y solidez. Véanse, entre otras, las siguientes aseveraciones, que dan tono y carácter á las cosmologías del Sr. de CAMPOAMOR: *El universo es la encarnacion física de Dios; todos los seres, excepto el Supremo, caminan al borde del abismo de la nada; cada uno de los seres debe dejar de existir, y ocupar su lugar otro que tambien tenga que formar parte de la universalidad de la creacion; Dios está en el mundo como el alma en el cuerpo; Dios no hubiera podido crear sin cantidad.*

Esto no há menester comentarios, ni observaciones, ni glosas. La discrecion de los lectores suplirá fácilmente lo que se omite aquí por no aumentar escándalos poniéndolos más á la vista, y por no apadrinar imprudencias dándoles mayor publicidad.

Por supuesto que nada se dice ni sobre el origen, del mundo, ni sobre la naturaleza de la materia y su inercia ó actividad, carácter de una ó de otra, leyes permanentes del universo, exámen de la extension, del tiempo y del espacio; pues si bien acerca

de estas dos últimas ideas expone alguna observacion, es de tan ningun momento, que valiera más no haberla indicado si quiera.

Trátase luego de las ciencias físicas, afirmando que *adelantan más cuanto más se desmaterializan*; lo cual es una frase mediana, y una paradoja más mediana todavía. Las ciencias físicas, como todas las demás, objeto de las investigaciones del entendimiento del hombre, progresan y se perfeccionan atendiendo y observando más de lo que hoy se atiende, é idealizando y sintetizando y fantaseando ménos de lo que hoy se idealiza, sintetiza y fantasea con cierta especie de sistemática embriaguez mental. Ahora más que nunca es oportuno esculpir con letras de oro en el umbral del templo del saber: ¡Paso á la razon! ¡guerra á la fantasía.

Tengo por indudable que de seguir los estudios metafísicos por la vereda superficial y caprichosa por donde siguen ¡mal pecado! la mayor parte de los que á ellos se dedican, se acerca á todo andar un nuevo y trístísimo período de negacion y ruina moral, social y política, basado cabalmente en las teorías físico naturales que se elevan

pujantes y amenazadoras del otro lado del Rhin, y á las cuales, en vez de estudiarlas, las desdeñamos, y en vez de herirlas en el corazon con tiro certero, las dejamos prosperar y florecer en medio de nuestras distracciones de logomaquia ridícula.

Si el Sr. de CAMPOAMOR, en vez de escribir un libro de recuerdos, hubiera escrito un libro con datos y con pruebas, no concluiría su estudio cosmológico sin haber tocado ni una siquiera de las gravísimas cuestiones que entraña, ni pondría como remate y corona el párrafo siguiente, que es un verdadero remate de burla y una corona de oricalco:

«Con la idea sustancial de cantidad, el ser lo *crea* todo; *por* esta idea, todo *existe*; y *con* esta idea, y *por* esta idea, el hombre lo *concibe* todo.»

«Hé aquí las ciencias físicas, las morales y las psicológicas, relacionadas con la ontología, unidas en lo absoluto.»

Hé ahí el resumen de la primera parte de la obra del Sr. de CAMPOAMOR, descrita y pintada por el mismo. En la segunda caminará por igual senda de perdición filosófica, sin corregirse ni enmendarse.

Marzo de 1866.

Si creyese que habian de calificarme de
cruel para con el autor de LO ABSOLUTO,
(alguien parece como que ha querido cali-
ficarme ya de esa manera) no trazaria so-
bre el papel ni siquiera un rasgo mas, y
guardaria silencio para siempre, dejando
sin conclusion ni remate estas mis humildes
y someras críticas, desnudas de todo otro
merecimiento y valor que no sea el de la
imparcialidad que las inspira, y el del más
sincero y fervoroso culto hácia la reina de
las ciencias, la filosofía, que es lo único
que significan y revelan con su justificada
severidad. ¡Ojalá que al ménos en lo que

me resta que examinar de la obra no hallase motivos sino de encomio y alabanza! ¡Ojalá que pudiera exponer con todo encarecimiento cuantos elogios me aconseja el deseo y me veda el deber!

Mas, por desgracia, es necesario proceder, como al principio de estos apuntes dije, no por caprichos de fantasía ni por insinaciones del instinto, sino por demostracion rigurosa y acabada, bien así como hija que ha de ser de un principio capital que de criterio la sirva, y de un circunspecto y exquisito discurrir que la funde sobre peña viva de razon, manteniéndola al abrigo de la intemperie de ligerezas y veleidades; que en esta, como en las demás cosas humanas, suele andar con afeites de virtuosa rectitud el antojo liviano de la presuncion apasionada en los que, por no herir *sombras de persona*, hieren y conculcan y menosprecian los fueros de la verdad. A aquellos á quienes consta cuán dulce es mi condicion, y mi temperamento cuán suave, y cuán apacibles mis bríos, y mi timidez cuán extremada, comprenderán hasta qué punto me dolerá y apenará esto de mostrarme rígido é inflexible censor de un libro que cuenta los dias por triunfos, si hemos de

creer á sus apologistas, y yo les creyera de buen grado si este negocio, como es de raciocinio, fuese negocio de fe.

Dicho esto, que era para mí, no un conato de memorial de desagravios, sino un deber estrecho de conciencia crítica, entro de plano á tratar de la significacion de la última parte de LO ABSOLUTO, parte que la forman de un modo principal. y, hasta cierto punto, exclusivo, las teorías que el señor de CAMPOAMOR sostiene acerca de la Bondad y de la Belleza, puesto que, si apunta alguna consideracion sobre Fisiología, es de tan poco momento y por tal extremo vulgar y baladí, que lícitamente puede cubrírsele con el respetuoso velo del silencio. El lector discreto juzgará conmigo, además, que el Sr. de CAMPOAMOR, dado á escribir de medicinas, no puede, á ménos de contar con especiales auxilios de lo alto, no puede, digo, traspasar el tornasolado límite de sus diagnósticos y pronósticos *doctorescos*, que tan á maravilla curan y entretienen y sanan á ciertas damas doloridas, de esas que tanto sufren y padecen, y hacen padecer y sufrir, hoy en dia, con enfermedades lírico-nerviosas y romántico-trascendentales.

Empero, fuera digresiones, y

.....*paulo maiora canamus.*

II.

Así como es crisol de todo valer del hombre lo que hemos convenido en apellidar *sú carácter*, no sin algún viso de razón, y hasta con cierta especie de propiedad onomatopéyica, no de otra manera estriba y pendé de la mayor ó menor cordura y acierto de las conclusiones y apotegmas morales que informen, ó puedan informar, el mérito inequívoco de cualesquiera doctrinas ontológicas y metafísicas. Es de suyo tan clara esta idea, que acaso entra en el corto número de las que sanciona sin ambages el consentimiento universal de todos los pensadores, aun de los más opuestos y contrarios en origen, en sistema, en enseñanzas, en propósitos y en resultados, siendo aplicable á ella por consiguiente, y de un modo completo y sin restricciones, aquel axioma favorito y predilecto de los tradicionalistas: *quod ubique, quod ab omnibus admissum est*.....

Bajo este punto de vista, de dos maneras podemos considerar lo que sobre *Ética*, *sciencia moris*, escribe y propugna el señor de CAMPOAMOR; es decir: bajo el punto de vista de la lógica y de la consecuencia, y bajo el punto de vista de lo que real, positiva y determinadamente sostiene, esté ó no conforme, y sea ó no sea preciso y riguroso corolario de sus principios cardinales y generalísimos en ontología.

En cuanto á lo primero, no hay sino exponer una reflexion llana y sencilla, suficiente á probar, de un modo ineludible é inconcuso, la imposibilidad filosófica que media para que en LO ABSOLUTO pueda haber una fórmula concreta de moral, análoga á su fórmula primaria y suprema en metafísica. ¿Y por qué? Porque si en LO ABSOLUTO existiera alguna fórmula general ontológica (que en rigor no la tiene, como arriba dijimos), no sería otra que la fórmula que informa y entraña la peregrina idea materialista de cantidad. Y el materialismo, cualquiera que sea el antifaz con que se oculte y exorne, si en todas las ramas de la especulacion filosófica desdice, en la de la moral repugna con absolutísima repugnancia. Bien, derecho, deber, obligacion,

precepto y máxima son palabras destituidas de significado en el instante mismo en que sus quilates y valor tratan de comprenderse y explicarse con peso, regla y medida materiales, susceptibles por lo mismo de aumento, disminucion y cambio. A la manera que hay pecados de pensamiento y de mera intencion, así el sólo pensar é intentar discurrir con semejante criterio acerca de la moralidad de las acciones humanas, es pecar contra su principio y norma, que es el espiritualismo más puro, mas limpio y brillante que pueda iluminar en las tinieblas y zozobras de la vida el augusto sol de la conciencia. ¿Qué mucho que nuestro autor camine como en perpétua sombra y oscuridad profunda al manifestar lo que sobre Ética se le alcanza? ¿Qué mucho si apenas luce en el largo relato de sus consideraciones alguna ráfaga ténue, sacada, no de su teoría, no de su principio, no de su sistema, sino de la experiencia vulgar y cotidiana, sin fundamento racional, sin enlace lógico, sin base cierta y sin criterio fundamental y unísono?

Ahora se comprenderá el por qué de la incongruencia de que, entre otras, hace gala nuestro autor, escribiendo sobre el po-

der temporal de los papas en un tratado de filosofía moral, que no es siquiera un tratado sobre teodicea, en el cual sería, aunque inoportuno, disculpable traer á discusión tamaño asunto. Vengamos al nuestro, y no adelantemos el discurso.

III.

¿Existe moral independiente de todo vínculo de religion positiva, desligada de toda manifestacion de culto?

Las nociones fundamentales de moralidad, ¿nacén del dogma ó le engendran y producen, ó, al ménos, le presuponen y requieren?

El poder del ontologismo absoluto de las ideas primarias y supremas y su realidad intrínseca, ¿llegan á tanto que, aún en la esfera de la ética, puedan florecer y dar fruto sazonado y abundoso sin el auxilio y menester de elementos accesorios, formalistas, empíricos, tradicionales, hijos de ruda fantasía, parto de ignorancia crasa, origen de perturbacion, muestra de atraso, fuente de lamentables errores, triste señuelo, en fin, de incivilidad y de incultura

privada y pública en pueblos y naciones durante siglos y siglos?

Hé ahí una serie de preguntas que, ya directa, ya indirectamente, debiera de haber sido contestada en una obra filosófica que presume de maestra fundamental y de tipo de majestuosa excelsitud intelectual.

Y, sin embargo, quizás no ha parado mientes el autor en lo que significan y valen, ni acaso siquiera en el por qué de la importancia de su actual existencia. Por donde conjeturo que no es aventurado afirmar de él que desconoce de plano la situación presente de las ciencias especulativas, sus tendencias, sus direcciones, sus propósitos, sus planes. El Sr. de CAMPOAMOR escribe hoy sobre estas materias con el mismo candor y sencillez que hubiera escrito á vivir entre el *flatus vocis* de los nominalistas, ó entre la gárrula impertinencia de los escolásticos vulgares y simples, que no todos lo eran, cual ligeramente creen muchos erúditos y sabios de estos tiempos, cuya erudicion y sabiduría han alcanzado, con incomparable donosura, repasando someros y livianos índices y portadas de libros tan escasos en hojas como en sustancia y doctrina.

Veamos ahora un párrafo de lo mas expre-

sivo y categórico que en esta última parte de LO ABSOLUTO se contiene:

«He aquí el resúmen de todo derecho y de todo deber: amar á Dios, amarse á sí mismo, y amar al prógimo como á sí mismo. El derecho natural es invariable en lo sustancial de estos tres oficios: amar y temer á su Criador, conservar su cuerpo é ilustrar su espíritu, guardar la buena fe y la probidad con todos, como quisiéramos que la guardasen con nosotros.»

«Tal es el resúmen (añade el autor satisfecha y pomposamente), tal es el resúmen de la moral privada, de la política, del derecho de gentes; la regla invariable, la ley eterna, la virtud en accion, la luz y la armonía de este mundo, copiadas de la luz y de las armonías del otro.»

De donde se sigue que la lectura del catecismo de Astete ó de Ripalda es mas útil, más comprensiva, más clara, mas provechosa, aun metafísicamente hablando, que el libro de CAMPOAMOR. ¡Castigo de Dios parece! ¡Él, tan desdeñoso y tan acerbo al criticar las conclusiones morales de muchos filósofos que gozan de merecida y justa fama; él, tan original, tan ingenioso, tan nuevo, tan levantado, expone como glo-

rioso compendio y acabada cifra de una obra didáctica trascendental, esas frases buenas y excelentes para que á tierno infante, que un lustro no haya cumplido, se las diga su nodriza hasta aprenderlas y repetirlas de coro.

Escribe luego nuestro buen metafísico un artículo bajo el epígrafe de *la igualdad*, en el que prevalece de una manera exclusiva el propósito de defender ciertos apotegmas y determinadas teorías de una escuela política militante. El tal capítulo es reproducción, ó si no reminiscencia, de los que escribía el autor con su natural desenfado, allá por el año de gracia de 1857, en periódicos batalladores sin tregua y polemistas fogosos. Rebañar á tal extremo un libro de severa filosofía, solamente es dado á quienes se lanzan, como tomados de febril deseo, á empresas árdidas para cuyo desempeño les ha negado naturaleza cualidades y dotes; sucediéndoles, en suma, que cualquiera les puede aplicar sin rebozo aquello de

Pindarum quisquis studet emulari

Iule, ceratis ope Dædalea

Nititur pennis, vitreo daturus

Nomina Ponto.

IV.

Por fin, se ensancha mi pecho, respira mi corazón, y el alma como que se me dilata y regocija con inmensísimo júbilo: ha llegado el caso de elogiar una vez al autor de LO ABSOLUTO á propósito de lo que sobre la *revelacion* escribe en el capítulo postrero de su moral ontológica.

Dijo hace años CAMPOAMOR, con natural escándalo de las gentes pias y devotas, que el catolicismo tiene pormenores «susceptibles de burla, y merecedores de un completo olvido»; y en otra parte: «Ignoro si Moisés, Homero, Confucio y Cervantes habrán tenido el mismo progenitor que los que se dejan azotar en los ingenios de azúcar..... los teólogos hacen cuestion de excomunion la de que se crea en la unidad de la especie humana; y no es cosa de exponerse á tan grande castigo por tan pequeño pecado»; y luego: «Permito y tolero de buen grado que los habitantes del Africa adoren sus fitiques de madera»; y en otro lugar esto que sigue:

«Al inflexibilizar el nuevo artículo (el undécimo de la Constitución reformada en 1845), parece que el Gobierno se ha propuesto encolar uno de los travesaños que más huelgan en la silla del sucesor del Pescador. Este celo implica duda; y esta duda es una impiedad. El catolicismo es una religion que acabará por captarse á todo el género humano, en cuanto prescindida del hierro y de la hoguera, y admita entre sus dogmas el principio de la tolerancia. No fundeis leyes en la desconfianza de que nuestra Iglesia puede perecer, porque es inmortal todo lo que es infinitamente sabio. Sobre el cristianismo, filosofía más natural todavía, más racional y más sociable que la del mismo Confucio, se ha elevado el catolicismo, completándolo con todos los efectos escénicos de todas las religiones conocidas. El cristianismo es la razon, símbolo de la justicia de Dios: el catolicismo es el entusiasmo, emblema de cuantas ilusiones y de cuantos ensueños recrean á la humanidad. No adivino cómo un escritor tan profundo como Montesquieu se ha aventurado á señalar un término tan corto para que la Europa viese la total desaparicion del catolicismo. ¡Imposible! La

organizacion gerárquica del cuerpo sacerdotal, unida al celibatismo, le dan una fuerza de trabazon indestructible. Los ritos católicos son la fórmula de todas las aberraciones de nuestra ilusa imaginacion. A la manera del Mercurio de los gentiles, la Iglesia tiene tambien ángeles que ponen en comunicacion al Criador con sus criaturas. Los paganos celebraban fiestas en honor de Céres, y nosotros con rogativas llamamos la atencion del cielo para que no se olvido derramar jugo alimenticio sobre los pimientos y las alcachofas. ¡Sí, ateos! Nuestro dogma es imperecedero, porque es perfecto; y es perfecto, porque subviene cariñosamente á todas nuestras necesidades fisicas y morales. Los idólatras tenian mil bellos objetos á quienes adorar; pero ya cuidan nuestros escultores de hacer buenos mozos, y preciosísimas santas. Nuestros templos son el depósito de los más ricos productos de la civilizacion; y en ellos se derraman flores sobre los sepulcros, y se aromatiza el aire con inciensos, y se hinchen las bóvedas de armonía, y los fieles se arrodillan sobre almohadones de terciopelo. En las aldeas se oye la gaita; en las villas el órgano, y en las ciudades la orquesta. Pre-

sintiendo que algun deudo estará en pena, podemos tener el placer de rescatarle, comprando algunos cuatro responsos por el valor de algunos cuatro cuartos. El catolicismo prohíbe el libre exámen. ¡Mejor para los obtusos? É inutiliza el pensamiento de los sábios con la impenetrabilidad de sus misterios. ¡Admirable prevision!

»Cuando Constantino consultó á los pontífices del imperio sobre los sacrificios que deberia imponerse en expiacion de haber muerto á sus hijos, á los dos Licinios, y á su esposa Fausta, los sacrificadores rehusaron sus ofrendas, gritándole horrorizados: —¡Huid, porque los dioses no perdonan á los parricidas!—Entonces Constantino legalizó el cristianismo, y las aguas bautismales le purificaron. Un instante de arrepentimiento basta para borrar toda una vida de extravíos. Otras religiones no tienen este cómodo, indispensable y consolador refugio. Ninguna otra religion ha desentrañado y comprendido mejor el corazón humano.

»Quedamos, por último, en que no hay ningun inconveniente en admitir la tolerancia; porque nuestra religion católica vivirá mientras existan hombres; porque es

la más coherente, la más variada, la más pintoresca, la más populachera, la más dramática, y sobre todo, la más sublime; porque mientras las otras religiones se ocupan del otro mundo con escasas y glaciales pantomimas, la nuestra nos consuela incessantemente, llenando nuestra conciencia de bendiciones y de indulgencias plenarias, como preparativos indispensables para emprender el larguísimo viaje de la eternidad, donde sólo á los católicos nos espera una suerte bienaventurada.

»Pero, volviendo al artículo constitucional, si creen el Gobierno y la comisión que lo han perfeccionado porque han cometido la redundancia teológica de añadir al adjetivo—*católica*—los otros dos—*apostólica, romana*,—se equivocan; porque esta redundancia no vale nada, absolutamente nada. La satisfacción en este caso se parece á la pasguatería de las madres que se figuran por un momento que sus niñas son mujeres el primer día que las cuelgan los perendengues.»

Y también: «no reclamo para él (para un personaje á quien alaba), no reclamo para él un retablo como el de los santos; esto lo podrá hacer un carpintero con una bula del Papa.» (14)

¡Esto, todo esto habia escrito el Sr. de CAMPOAMOR!!! Que era menester un desagravio, nadie lo duda; pero á nadie podrá ménos de maravillar y sorprender que llegue al punto que ha llegado. Lo que á este propósito escribe tratando de los misterios, de los milagros, de la revelacion, de RENAN, de MOISÉS, de MAHOMA, y de VALDEGAMAS en el último capitulo de LO ABSOLUTO, es de suponer que habrá reconciliado á su autor, no sólo con la Iglesia de Roma, sino, lo que más, con la Iglesia del neo-catolicismo español. En cuanto á mí, no me toca otra cosa en este asunto sino ver, callar y alabar á Dios, que tan suave y amorosamente ha traído á redil á una oveja descarriada sobre toda ponderacion, y proterva y rebelde ántes, sobre todo encarecimiento. Por manera, que si de la filosofía trascendental é inmanente, á un tiempo mismo, del Sr. de CAMPOAMOR, nada favorable se deduce ni para la especulacion racional, ni para el adelantamiento del saber científico, se deduce, en cambio, para él que se halla libre de antiguos errores, y que comienza á reposar definitivamente de sus antiguas travesuras, caminando meditabundo y sosegado por las vías católicas, en cuyo tér-

mino encontrará la salvacion eterna de su alma, ya casi entreabierta á la contemplacion beatífica y extática y merecedera de los goces y deliquios solamente reservados á seres angelicales. Ahora como nunca es oportuno exclamar desde el fondo del corazon: ¡Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de la gloria! ¿Qué importa que no tengan asiento ni morada en el templo de la filosofia?

Líbreme el cielo de pensar que nuestra augusta religion no sea filosófica y metafísica en grado eminentísimo; que tan monstruosa idea no puede caber en mí, ni por distraccion involuntaria. Mas de aquí no se ha de concluir que el Sr. de CAMPOAMOR haya expuesto lógica, fundada y oportunamente sus saludables cambios morales en una obra del carácter, pretensiones, tendencias y significacion como las de que hace gala en el preliminar de LO ABSOLUTO.

Para terminar, resta que digamos brevemente acerca de las teorías estéticas de nuestro insigne metafísico y esclarecido ontólogo.

El pensamiento capital del Sr. de CAMPOAMOR acerca de lo Bello se resume y compendia en esta frase, de cuya inteligibilidad acaso duden no pocos:

«La cantidad intensiva ó psicológica, y la cantidad extensiva ó material, son reflejos de la idea ontológica de cantidad, que se unifican en lo absoluto.»

Y bien: esos dos reflejos habrán de tener alguna *quiddidad* (*sit venia verbo*); esa quiddidad habrá de ser propia ó derivada y como prestada; esa propiedad será ontológica, psicológica ó material, ó no será nada, siguiendo el sistema del escritor que juzgo; en cada uno de cuyos casos los reflejos no existen como reflejos, á ménos que á todo cuanto existe, ó pueda existir, apliquemos la categoría de reflejo é imagen de la idea que le presta la existencia actual ó potencial. Reducir á uno el tipo de la belleza del universo mundo cuan vário y extenso aparece á la contemplacion del hombre, es faltar á las nociones más llanas que

la inspiracion y el sentimiento artísticos muestran y predicán en todas sus obras. Cada ser, cada naturaleza, cada hecho, cada realidad, cada manifestacion, cada carácter, cada individuo de la creacion tiene su tipo de belleza propio y exclusivo, es-tribando cabalmente en tal propio exclusivismo la fuerza y virtud y grandeza y esplendor de todo fenómeno bello.

Lo cual vale tanto como decir, que un tipo de belleza numéricamente solo, es tan inadmisibile y absurdo en estética, como lo es en ontología una verdad numéricamente sola, generatriz de cuantas verdades alcanza la razon del hombre en sus múltiples y variadas concepciones experimentales, abstractas y mixtas de abstraccion y de experiencia. No es, pues, lo que llaman ideal artístico una nocion absoluta y única que pueda servir como de regla y compás que mida y dirija cuantos objetos bellos imagine la fantasia, cree la inspiracion ú ofrezca en sí el mundo sensible y la realidad externa. La idea de la belleza no es absolutamente absoluta, como pretende CAMPOAMOR, sino relativamente absoluta, como demuestra cualquier estudio subjetivo ú objetivo que sobre el particular se emprenda: que

la unidad no absorbe y niega, ántes explica y presupone como elemento necesario la variedad.

Esto lo sabe muy bien, y áun lo confiesa luego, el autor de LO ABSOLUTO; empero de tal conocimiento y confesion no se sigue sino que lo contradictorio campea y domina en cada capítulo, en cada página, en cada periodo y en cada frase de una obra modelada sobre un principio falso, que es unó á manera de cimiento de arcilla ténue sobre el cual todo cuanto se edifique se desmorona y deshace al solo impulso del soplo más débil de discusion y análisis.

Un pormenor de cierta importancia he de tocar aún, si bien como á la ligera y de pasada, puesto que ya estoy cansado y mis lectores por ventura lo estarán no ménos.

Pregunta el Sr. de CAMPOAMOR: ¿el arte es causa ó es efecto de civilizacion? y responde: «el arte es siempre efecto, y nunca causa de civilizacion» ¿Con qué linage de pruebas y razones apoya y sostiene tan peregrino aserto? Con un *creo*, con un *opino*, con un *juzgo*, con un *afirmo* y con un *tengo para mi*; que es de uso muy cotidiano, en esta edad de cobre que alcanzamos, esto de tener para sí, y afirmar, y juzgar, y opi-

nar, y creer voluntariosa y caprichosamente, sin parar mientes en la significacion, alcance y valia de tales creencias, juicios, afirmaciones y opiniones. (1)

Inquirir á fondo y por extenso el gran yerro que entraña la peregrina idea de que las manifestaciones artísticas son, lógica y cronológicamente consideradas, efecto y no causa, y ni aun concausa simultánea, de civilizacion y de cultura, sería cosa larga y ajena de este lugar. Apuntaré, sin embargo, lo suficiente para que el lector comprenda lo erróneo y falso de tal opinion.

Los psicólogos analíticos suelen dividir en tres las facultades del alma, á saber: sentimiento, inteligencia y voluntad; lo bello es del dominio de la primera, lo verdadero de la segunda, y de la tercera lo bueno. ¡Cómo si pudiera separarse lo uno de lo otro! ¡Como si voluntad, inteligencia y sentimiento, no fueran una misma cosa en la razon, alma, mente, criterio y luz de todo el que goza de la belleza, penetra la verdad y quiere el bien!

De aquí resulta que en toda persona racional es de rigor que haya elementos paralelos de amor á la belleza, de amor á la verdad y de amor al bien. De aquí resulta

que en todo pueblo, sea cualquiera el grado de florecimiento que alcance, se desenvuelven y manifiestan á una las tres facultades ó formas con que se ostenta, ora místico, ora lozano, pero siempre enérgico y activo, el principio de toda vida, el fundamento de toda civilizacion, el origen de todo progreso, el celestial espíritu del hombre.

Es, pues, evidente, que el arte no es inferior ni superior en sí, ántes igual en mérito, bajo el punto de vista de la psicología, á la moral y á la ciencia. Y siendo civilizacion el conjunto de manifestaciones progresivas que se refieren á moral, á ciencia ó arte, síguese que es de todo punto incongruente la pregunta que el Sr. de CAMPOAMOR se dirige á sí propio, contestándola de plano de la manera que hemos visto.

Y si esto es así lógicamente, no es menor verdad que la historia lo confirma con fallos inapelables. Dirigid una mirada rápida por los anales de la pintura, de la escultura, de la música, de la poesía y de todas las bellas letras en la India, en Egipto, en Grecia, en Roma, en la Edad Media, en el Renacimiento y en la Edad de las revoluciones, y vereis cómo el arte ha precedido y acompañado y seguido siempre al

compás rítmico y acordado de cuantas manifestaciones componen el armonioso curso de la civilización. Y si algo digno de notarse ocurre acerca de este pormenor, es que el arte literario, la poesía popular, que es la poesía espontánea, la poesía del sentimiento puro, la poesía por excelencia, brilla y fulgura con esplendor más vívido cabalmente en las épocas que anuncian un nuevo período de engrandecimiento en cada pueblo y edad. Por manera que, en vez de efecto, más aparece como causa y origen de civilización.

El autor de *LO ABSOLUTO* se figura que no hay poema sino en el cultivo literario forzado que entrañan las épocas llamadas de oro así en la historia de la literatura de los pueblos antiguos como en el de los pueblos modernos. ¡Error insigne! ¡Equivocación lamentable! El arte no florece en estas épocas sino como planta exótica que vive en estufa, y que fuera de ella no dura sino el tiempo necesario para marchitarse y fenecer. Y es de notar cómo hoy los historiadores todos de bellas letras pugnan y se afanan por conocer y explicar los cantos primitivos, los romances populares y todas las demás formas del sentimiento que bro-

taban sin ajeno auxilio, y que eran expresion, no de un estómago agradecido á un Mecenas; sino de un corazon puro y generoso que latia á impulso del amor, del idealismo y de la patria.

Pero hagamos punto y digamos, en resumen, que la obra del Sr. de CAMPOAMOR es tan bella y discreta con relacion á su forma, como desprovista de mérito y valor científico con relacion á su fondo. Lo que de elegancia le sobra, le falta de raciocinio. Lo poético brilla en cada una de sus páginas; la filosofía no brilla sino por su ausencia desde el principio hasta el fin. (*)

Abril de 1866.

NOTAS AL DESAGRAVIO FILOSÓFICO.

1 Desde que el Sr. D. Ramon Campoamor escribió *EL PERSONALISMO* (hará unos doce años) hasta que ha escrito *Lo Absoluto*, ha variado en opiniones filosóficas mas aun de lo que se diferencian esos títulos de sus dos obras. Compárense las teorías que expone en una y otra y se verá que, á pesar de sus variaciones, propiende siempre su autor al materialismo y á la chocarrería y á la burla en lo mas grave y sério de la filosofía. Escritos de tal indole ¿pueden servir nunca de provechoso modelo á la juventud universitaria?

2 D. Luis Vidart, en una obra intitulada: *LA FILOSOFÍA ESPAÑOLA* (Madrid—1866), parece como que se ufana en manifestar «que casi todos los escritos que se han consagrado al exámen de *Lo Absoluto*, proclaman y confiesan la importancia científica de este libro.....» El Sr. Vidart debe contentarse tambien entre los encomiastas, si bien es preciso recibir con cautela sus elogios, puesto caso que es tan dado á predicarlos como á escasear censuras, segun el mismo dice, con sobra de razon, (p. 235).

3 Sobre el mérito librario de las *Doloras*, género de poesia nuevo y raro, se escribió mucho ya en pro, ya en contra, hace algun tiempo. Hoy han cai-

do bastante en ridículo, y no hay quien no vea en ellas ausencia de inspiración, mal verso, mucha algarabía envuelta en retruecanos de péximo gusto y con sabor á escolasticismo femenino. Las *Doloras* sin embargo, invención de Campoamor, son la base primaria en que descansa su fama y notoriedad en la república de las letras.

4 El estado é importancia de la tendencia ontológica en filosofía es hoy tanto mayor cuanto que sirve de ancla firme del Espiritualismo, combatido hoy, acaso, con mas vigor y rudeza que nunca, por los naturalistas y empiricos. Por eso duele sobremedera considerar que el honor científico de España quede tan mal parado en un libro como *Lo Absoluto*, señalado de texto para todas las universidades de la nación.

5 Ninguno de los juicios publicados sobre la obra del Sr. Campoamor nos ha extrañado tanto como el de D. Nicomedes Martín Mateos. Esperabamos otra cosa de su justo renombre y gran reputación entre los filósofos españoles contemporáneos. Los deberes de crítico creíamos que debieran sobreponerse, y aun prescindir, siempre de los de amigo.

6 AUGUSTO LAUGEL (*Problemes de la Nature, Paris—1864*) nota la impropiedad con que frecuentemente se usa en tratados de metafísica de las palabras *materialismo* y *espiritualismo* como si fuera de todo punto contradictorias. Alguna propensión hay, en efecto, á poner *notes* filosóficos á los autores y libros. Creese por muchos que todo pensador ha de militar por fuerza en algun *partido* de los vulgares y comunes negando así, de una manera implícita, el progreso y la tolerancia filosófica.

7 Es, sobre toda ponderación, curiosa y amena la lectura de un opúsculo del Sr. Campoamor intitulado *FILOSOFIA DE LAS LEYES* (Madrid—1846) en donde dice, entre otras cosas peregrinas, que escribe

de leyes precisamente por que no ha saludado la Jurisprudencia. Franqueza plausible. Por cierto, que la Censura religiosa ha dicho que el tal opúsculo está «saturado de errores filosóficos, políticos, morales y religiosos.» No sabemos si los habrá abjurado pública y solemnemente su autor; pero lo sospechamos, toda vez que, hace unos meses, publicó bajo su firma una carta piadosa invitando al Padre Santo à que se venga à España.

8 Leídas imparcialmente y juzgadas con rectitud todas las obras del Sr. Campoamor no necesitan contradictores, pues se refutan unas à las otras, y algunas à sí mismas. ¿Qué autoridad puede tener tal escritor en asuntos filosóficos!

9 Sobre esto del progreso en religion y metafísica son muchos los que dudan, negando hoy lo que afirmaron ayer, solo por no fijar con precision la materia. El Sr. Vidart, lo advirtió muy oportunamente hablando de D. Juan Valera, el cual sufrió una verdadera *cogida* en lid filosófica. (*La Filosofía Española*, p. 292). Estos son percances de meros aficionados.

10 De Officiis, lib. 4, cap. 2.

11 La tendencia empirica, ó experimental, en los estudios filosóficos revela hoy que se va comprendiendo, à costa de desengaños, la necesidad imperiosa de que no se funden en aire teorías metafísicas de trascendencia. Tal direccion analítica habrá de dar por resultado indefectible una reconstrucción (si vale la frase) bienhechora en grado sumo al porvenir de la ciencia primaria, que nunca debió separarse directa, ni indirectamente del conocimiento de la naturaleza física en sus grandiosos fenómenos y leyes maravillosas.

12 Dijo un chusco hablando del espíritu *simplificador* de la obra del Sr. Campoamor: «no se puede simplificar mas, no se puede ser mas simple.»

Frase un tanto cruel, pero justificada en parte, si bien yo no la digo, ni la apadrino.

13 Dos son las propensiones mas notables de las escuelas neo catolicas en filosofia, á saber: el escolasticismo rancio, y el tradicionalismo á la moderna. La primera tiene muy robusto apoyo en antiguos escritores españoles; la segunda nació en Francia hace un siglo escaso. ¿Lograrán armonizarse por obra de algun sabio restaurador ó retrógrado, de esos que tanto pululan y se extienden ahora? Seria cosa de ver y de admirar.

14 Recomiendo con eficacia la lectura de las *Semblanzas de las cortes reformadoras de 1845*, por D. Ramon Campoamor, sobre todo á los encargados de revisar y aumentar los Indices expurgatorios.

15 Siendo el Sr. Campoamor vice-presidente de la seccion de ciencias morales y politicas del Ateneo de Madrid, puso por tema de serios debates el siguiente: «si la literatura es causa ó efecto de civilizacion.» oidos varios discursos, incluso el de resumen del vice-presidente, nos afirmamos en la idea de que tal tesis era puramente *humoristica y genial*. Con todo, el autor se encariñó tanto con ella que la repitió nada menos que un libro magestuoso de metafisica exquisitamente suprema.

16 Reconozco sin dificultad que mi crítica de *Lo Absoluto* es harto defectuosa é incompleta, y que no tiene todo el método que fuera de apetecer. Mas téngase en cuenta que la escribi como artículos de Revista, y estando ocupado, entre otros quehaceres, con la direccion de un diario politico de la Corte.

Bajo el pseudónimo de Luciano, escribió el autor las siguientes cartas en francés propia y de un amigo, las cuales ha parecido conveniente insertar aquí por que la materia es análoga, en muchos puntos,

APÉNDICE.

Y sencillos ambos, revelan de una manera clara las opiniones del autor en asuntos filosóficos; opiniones que podrán no ser acertadas, pero que son sinceras en tal concepto solamente se atrueve a someterlas al juicio y examen de los doctos y discretos.

Bajo el pseudónimo de LUCIANO, escribió el autor las siguientes cartas en defensa propia y de un su amigo, las cuales ha parecido conveniente insertar aquí por que la materia es análoga; en muchos puntos, á lo que se expone en el DESAGRAVIO FILOSÓFICO. Uno y otro escrito, con ser breves y sencillos ambos, revelan de una manera clara las opiniones del autor en asuntos filosóficos; opiniones que podrán no ser acertadas, pero que son sinceras: en tal concepto solamente se atreve á someterlas al juicio y exámen de los doctos y discretos.

SOBRE LA CIENCIA CONTEMPORÁNEA.

CARTAS Á D. LUIS VIDART.

Muy señor mío: Acabo de leer el extenso artículo que ha publicado V. en dos números de un periódico de esta corte sobre *El Cristianismo y las doctrinas democráticas*, (*) en el cual habla V. á la larga de las opiniones científico-religiosas que los señores Sanchez Ruano y Abarzuza exponen cada cual en su respectivo opúsculo acerca del socialismo en España. Participando yo de las ideas de estos señores, á los cuales me une la amistad y el deudo, juzgo que no se ha de tomar como oficiosa la defensa que de ellos pretendo hacer. Bien se que uno y

otro habrán de contestar, si atenciones mas perentorias no se lo vedan, de un modo satisfactorio, á las teorías que usted emite en su contra, así como al ingenioso y sofisticado paralelo de contradicciones formulado entre doctrina y doctrina. Harto me duele que la mia sea tan escasa y somera que no me permita trabar, como fuera menester, batalla decisiva entrando con usted en plena lid filosófico-trascendental, que es de las que ahora privan, y á las cuales no puede estar avezado, ciertamente, el humilde ingenio mio tan rudo y trivial al concebir como torpe al expresar sus vulgares concepciones.

Demas de este hay todavía otro inconveniente mayor en cuya virtud abrigo pocas esperanzas de salir airoso de mi empeño, y consiste en que, segun me avisan, es usted malísimo para adversario, bien así como sugeto de talento claro, de erudicion selecta, fácil de memoria, suelto de pluma, vigoroso al razonar, valiente al redargüir, émulo, en fin, de aquellos egregios varones que en remotas edades pusieron en nuestra cosa pública sus manos y entendimiento manejando con bizzarria la espada y con primor la pluma. (?)

Y para que V. se pascie de mi candidez y

comprenda todo lo peregrino de mi antojo, le añado que solamente á dos cosas he solido tener ojeriza en este mundo, y mas que ojeriza, miedo, á saber: á la sutileza de los filósofos y al acero de los soldados. Con que juntándose en V. acero y sutileza, vea cuan estremados serán mis recelos al intentar combatirle contra el influjo de mi estrella mediosa en demasía y nada pendenciera. Empero manos á la obra, que si Dios me ayuda y la razon me guia, tal vez pueda llegar á remate feliz.

Paréceme, ante todo, que tratando V. de los opúsculos susodichos, al par que del estado de la ciencia contemporánea, religiosa, metafísica y política, así como de los árduos y gravísimos problemas que de sus relaciones mútuas emanan, les ha dado V. mas valor del que en sí tienen; á no ser que al obrar de tal manera proceda V. con intento semejante al de los antiguos sacrificadores de víctimas humanas, cuya inmolacion verificaban coronándolas de flores. Porque, en puridad, ¿qué hace V. con sus dos antagonistas, sino es sacrificarlos de un golpe, despues de haberlos unido con triple y vistosa lazada? Y para colmo de furor y saña, tan luego como V. les asesta el

tiro de muerte, se entretiene ¡impío! en infamar su parentela y maldecir de su progenie. Que tanto vale arrojar las culpas de los señores Sanchez Ruano y Abarzuza sobre la frente de la escuela á que pertenecen ó del partido en que militan. Mas no adelantemos el discurso.

En tres pudieran dividirse las partes que su escrito de V. abraza: la primera dice relacion al estado de la doctrina cristiana con respecto á las postreras evoluciones de la filosofía; la segunda consiste en la comparacion establecida entre opúsculo y opúsculo; y la tercera se refiere á la significacion capital que entraña, ó á la tendencia dominante que en la ciencia contemporánea se nota. Y como en todo el artículo apenas haya otra cosa que afirmaciones meramente expositivas, ajenas á todo linaje de argumentos críticos, y desnudas hasta cierto punto de todo género de pruebas fundamentales; no será muy difícil poner de manifiesto su carencia de valor sistemático y de mérito en realidad científico; cosas una y otra verdaderamente impropias de quien pretende filosofar concertada y provechosamente. ¿De qué sirve citar un ciento de nombres propios y reseñar á la ligera tres

ó cuatro docenas de teorías diferentes si el punto de apoyo falta, y el enlace no parece, y la armonía se echa de menos, y el fin se desconoce? Tengo para mí que con tales ejercicios, si la memoria se acrecienta, nada consigue la razón, ni aprovecha la ciencia, ni gana la verdad.

Mas sea de esto lo que fuere, paso á ocuparme de sus observaciones de V. con sobriedad y templanza, toda vez que ni el tono de severo censor me place, ni los pormenores del asunto habrian de caber en dos ó tres epístolas.

Viniendo á lo primero, permítame usted, señor Vidart, que me estrañe y maravillo de lo que se atreve á decir en la introduccion de su artículo, afirmando que todos los sistemas metafísicos, morales y sociales que en la ancha esfera de la ciencia luchan, convienen en lo sustancial con el principio cristiano. Por de pronto abrigo la seguridad de que se han escandalizado gravemente cuantas almas piadosas hayan leído ú oído leer aquellas frases en que intenta usted equiparar á Guizot con Valdegamas, á Hegel con San Gerónimo, y á Krause con Jesucristo. Y no es lo malo que haya quienes se escandalicen, sino el que haya

motivo racional de escándalo, como realmente le hay, ora se mire la forma, ora se penetre el fondo de lo que V. apunta.

De tan peligrosas me atrevo á graduar semejantes proposiciones, que si el Santo Oficio volviese á iluminar los entendimientos con sus sagradas lumbreras, de seguro habia de ser V. purificado en ellas con algunos chamusconillos, sin que vinieran á librarle ni monseñor Ketteler, ni el padre Gatry, ni el reverendo Morel, ni el célebre Taparelli, ni el sagaz Liberatore, ni el profundo Baader, á quienes V. cita; antes creo que alguno, ó algunos, de estos serian mas que suficientes para bendecir la leña, aplicar el fósforo y alentar el fuego purificador.

Además de lo dicho, figúrome que no ha parado V. mientes en el significado y propósito de la evolucion filosófica que en el día de hoy se verifica en Alemania, en donde se levanta amenazador y pujante un materialismo tanto mas peligroso, cuanto que estriba, ó pretende estribar, en sólido cimiento y en bases indestructibles. Hasta qué punto haya de minar el santuario augusto de la revelacion cristiana, humanamente hablando, no puede profetizarse ni aun ser materia de fáciles conjeturas. Pe.o

Y si con sus palmas V. á componer conste que al lado de esas teorías, con hallarse y todo en estado de gestacion, las agudezas de los enciclopedistas aparecen frívolas y baladíes, y el saber de los materialistas contemporáneos de Francia es pura niñería y mera bagatela.

Y en prueba de esto, si por ventura ha tenido V. ocasion de leer ciertas obrillas de Büchner y ciertas apreciaciones análogas de Cotta, Feuerbach, Virchow, Orges, Diezels, Tuttle, Puchet y otros, así como la impugnacion que de su sistema han expuesto y siguen exponiendo, en libros y revistas, Janet, Lefebvre, Leveque, Tissot y demás, habrá notado con grave pena y tristeza profundísima, cuán endebles son las armas que manejan, y cuán vanos los tiros que dirigen contra los naturalistas esos modernos campeones del espiritualismo. De forma que la doctrina cristiana, si puede vanagloriarse de haber reportado victorias señaladísimas, es menester que se prepare de nuevo, ahora mas que nunca, para obtenerlas todavía mas gloriosas de sus actuales enemigos, que son, por desgracia, en número muchos, en talento preclaros, en saber ilustres y en autoridad grandes y poderosos,

Por manera, que el peligro no se halla en los conatos de lesa cristianismo que diariamente cometen Littré, Renan y Vacherot cuando pretenden sustituir las enseñanzas de Cristo con la doctrina *moral, hija primogénita y espontánea de la razón, moral perfecta que bien puede llamarse la religión definitiva de la humanidad.* (3)

Y si anda V. equivocado, señor Vidart, en lo que afirma respecto de no sé qué armonías trascendentales y coincidencias supremas entre la ciencia contemporánea y el cristianismo, no lo anda V. menos, á lo que entiendo, respecto á las relaciones del mismo con la doctrina política. Ni vale que Saint-Simon y Laboulaye tomen el nombre de Cristo al exponer sus pensamientos. ¿No sabe V. que muchos toman el santo nombre de Dios, no solamente en vano, sino en perjuicio notorio de la salud de sus almas? ¿Ignora V. que en el día de la gran liquidacion habrá no pocos que repitan inútilmente: señor en tu nombre bauticé, en tu nombre profeticé, en tu nombre dí limosna, y en tu nombre hice milagros? No basta, pues, amigo mio, invocar el nombre de Cristo; es menester invocarle con razon y en justicia y en verdad.

Y si con sus palabras tira V. á componer y amanojar en un haz lo religioso y lo político, lo divino con lo humano, lo sacro con lo profano, advierta la pendiente en que se coloca, la sima á que se acerca, y el abismo á que camina. Muchos y doctos varones fracasaron en la empresa y se estrellaron en lo absurdo, aun en alas del mejor deseo y de la intencion mas pura. Ya recordará usted á Lamennais, y tendrá en su memoria al bueno de Montalembert, tan erguido antes como cabizbajo ahora, tan mudo hoy como elocuente ayer, y cuya pluma no sé si la habrá tronchado en pedazos diminutos, ó la tendrá colgada y suspensa en lo mas alto y recóndito del desvan de su morada.

Habiendo dicho cuanto sobre la primera parte de su escrito de V. me ocurría. habré de hacer punto y dar fin á mi primera carta, que para carta quizás peque mucho de extensa y no menos de pesada. Si así fuere, perdónemelo V., señor Vidart, y espere la enmienda de su afectísimo y atento servidor.—LUCIANO.

3 de Junio de 1865.

Y así con sus palabras tira V. á componer
y entranjar en un haz lo religioso y lo po-
lítico divino con lo humano, lo sacro
con lo profano, advierte la pendiente en que
se coloca, la suma á que se acerca, y al abis-
mo á que camina. Muchos y doctos errores
pasaron en la empresa y se estrellaron
en el abismo, aun en alas del mejor deseo
y de la intención más pura. Ya recordaré
este á las mentes, y tendrá en su memoria
el hecho de Montaigne, tan orgulloso
como como castaño abate, tan mudo como
como elemento ayer y cuya pluma no se
si la había trocado en pedruzcos diminutos
los, o la tenía colgada y suspendida en lo
mas alto y recóndito del cielo, de su mo-
dista. —

habiendo dicho cuanto sobre la primera
parte de su escrito de V. me ocurre, habré
de hacer punto y dar fin á mi primera carta.
pero para cerrar pocas palabras mecho de ex-
tensa y no menos de pesada. Si así fuera
perdonaré V. como Vidart, y espero la
terminada de su alexisismo y atento scri-
to. —

3 de junio de 1855

mal en la bondad, confusión en el orden,
disonancia en la armonía y error en el fondo,
la verdad tiene asentado su trono en el
cuanto respaldado y figurado con perenne
brillo. Muestra patente de que sus filosofías
de V. caminan desorientadas á cuestas, sin
duda de algún eclipse parcial y momentá-
neo que á su entendimiento enturbia y

2.º

No de otro modo es fácil ni posible con-
prender y explicar como apellido V. conser-
va á doctrinas que en vez de contradecir-
se se ayudan y completan mutuamente,
cuando en las oraciones en los opúsculos de

Muy señor mio: «De las calamidades de
nuestros tiempos que, como vemos, son
muchas y muy graves, una es, y no la me-
nor de todas, el haber venido los hombres á
disposicion que les sea ponzoña lo que les
solia ser medicina y remedio. Que es tam-
bien claro indicio de que se les acerca su
fin, y de que el mundo está vecino á la
muerte, pues la halla en la vida.»

Doy principio á mi segunda epístola con
tales palabras (que á *Los nombres de Cristo*
sirven de proemio), pareciéndome aplicables
á V., de cierto modo, como quiera que le
contemplo perdido y descarriado, viendo

mal en la bondad, confusión en el orden, disonancia en la armonía y error allí donde la verdad tiene asentado su trono, en el cual resplandece y fulgura con perenne brillo. Muestra patente de que sus filosofías de V. caminan desorientadas á causa, sin duda, de algun eclipse parcial y momentáneo que á su entendimiento enturbia y oscurece.

No de otro modo es fácil ni posible comprender y explicar cómo apellida V. enemigas á doctrinas que, en vez de contradecirse, se ayudan y completan mutuamente, cuales son las expuestas en los opúsculos de los señores Sanchez Ruano y Abarzuza sobre el carácter científico, político y social de la democracia española. Así, los argumentos con que procura V. justificar su crítica, son tan peregrinos y de naturaleza tal, que bien examinados tienden á probar, y prueban, lo contrario de lo que V. pretende y anhela. Veámoslo.

Segun V. señor Vidart, median abismos entre lo que el señor Sanchez Ruano entiende por libertad y lo que el señor Abarzuza explica sobre la misma palabra, sucediendo lo propio acerca de la noción del estado, y acerca del socialismo, y acerca

de lo que respectivamente escriben hablando de Víctor Hugo y de Bastiat. Por manera que los tales escritores no habrían podido, ni aun de intento, aparecer mas discordes entre sí, ó mas díscolos en su escuela. A fé mía que si las pruebas corrieran al par de las afirmaciones de su artículo de usted, de seguro que los jóvenes á quienes combate tenían motivo sobrado para entonar el *confiteor*, rasgar sus vestiduras y cubrirse de ceniza en señal de penitencia y luto.

Dice V., en cuanto al primer extremo, que siendo la libertad *fin*, según Abarzuza, y *medio*, según Sanchez Ruano, resulta contradicción palmaria entre el uno y el otro. No veo, señor Vidart, que ni aun de un modo genérico, pueda establecerse repugnancia mútua entre el concepto de medio y el de fin en las esferas de la metafísica, ya que ambos se pueden sustituir, convertir y armonizar dentro del principio absoluto, capital y primario de la ontología. Como se entienda, explique y compruebe mi aserción, parece asunto impropio de este lugar, por razones que en la inteligencia del mas rudo y lego pueden caber. Fuera de esto, basta fijar un instante la

vista en lo que dicen, y en la manera y propósito con que lo dicen sus adversarios de usted para deducir sin dificultad que no hay entre ellos el menor asomo de contradicción. El señor Abarzuza no escribe que la libertad haya de ser el fin humano, como indica V., sino que es el fin al cual debe encaminarse la democracia política; y esto es muy diferente, tanto, que su error de usted no reconoce otra causa sino esa misma diferencia que se ha escapado á su notorio buen juicio y perspicacia habitual. De modo, que el señor Sanchez Ruano, exponiendo que la verdadera idea de moralidad requiere el doble concepto de bien como fin, y de libertad como medio, no hace sino fortificar con el auxilio de la filosofía la opinion política de su su colega, al cual no ha de atribuir V. caudal tan menguado de sindéresis, que no alcance á ver la necesidad de que el ejercicio libérrimo y goce ámplio de los derechos por la política otorgados no tenga que referirse á cosa mas alta y superior. Así, pues, creyendo Abarzuza que el fin de la democracia es la libertad, y Sanchez Ruano que la libertad es medio para conseguir el bien, exponen una misma idea bajo distintos aspectos, que en vez de

enemigos en abierta lucha, no son sino hermanos gemelos que de consumo se auxilian y defienden.

En cuanto á la nocion del Estado, si con atencion hubiera leído V. el párrafo que de Abarzuza copia, habria notado que no propone *la reduccion y casi anulacion del Estado* en general, sino la reduccion y casi anulacion del Estado, tal como absolutistas y eclécticos lo propalan y sustentan. Lo cual conviene de lleno con la idea que Sanchez Ruano emite al probar que los demás fines fundamentales de toda sociedad, la religion, la ciencia y otros, ni pueden ni deben subordinarse, aunque sí relacionarse al fin político (que es lo que al Estado atañe), no siendo interiores á él, ni en origen, ni en méritos, ni en categoria, ni en valor. Vea usted, señor Vidart, como las dos primeras contradicciones de que V. se ocupa, no tienen asiento ni realidad mas que en su propia fantasía. No de otra suerte andan las cosas en las contradicciones que restan.

Extrema fué, sin duda, la distraccion que usted padecía, y gravísimo el alucinamiento que le ofuscaba cuando vió, ó hizo que veia (que es lo que mas se debe creer), paladina contradiccion entre Abarzuza y Sanchez

Ruano, por haber dicho el primero que el socialismo del día reconoce como origen el estudio de los clásicos, y el segundo que el socialismo de ahora no puede menos de ser originaria y fundamentalmente naturalista y ateo. ¿Juzga V. acaso que griegos y romanos de la edad clásica fueron gente mística y devota, y tan puros de materialismo, y tan limpios de manchas ateas, que puedan ser incluidos y señalados en el catálogo de los santos y santas que la cristiandad venera fervorosa y pia.

¡Ah, señor Vidart, señor Vidart!!! Recóbrese V. un minuto, aguce su criterio, refresque su memoria, purifique su corazón católico, santígüese y tome agua bendita, y venga conmigo y emprendaremos un viaje rapidísimo á la clásica antigüedad, y le faculto desde ahora (si facultad há menester), para que me gradúe de tonto de capirote y necio de legua y media, siempre que en el Parnaso y en el Pindo, y en la fuente Castalia, y en el Ida, y en Helicon, y en el Tempe, y en el reino de Caronte, y en el de Eaco, Mino y Radamanto, y en la fragua de Vulcano y el templo de Afrodita, y en cuantas regiones abarca, en fin, abajo el globo y el Olimpo arriba, no encuentra

huellas, nota vestigios y mira señales que hablen de Corydon, celebren á Ganimedes, y representen, encumbren, ensaleen y magnifiquen al seductor Batilo.

Venga, venga V. conmigo á los Elíseos Campos (se entiende de los griegos, no de los catalanes), que allí encontraremos á mi tocayo Luciano, el cual será nuestro guia y nos servirá de *Cicerone* á maravilla, contándonos casos y mostrándonos cosas de los dioses y los hombres sus paisanos, capaces de poner alegría y divertimento en el pecho mas grave, triste, melancólico y apesadumbrado. Entonces comprenderemos hasta qué punto eran de buen vivir dioses y mujeres, héroes y diosas, y aun...

Pero yo me extravió, señor Vidart, y á poco no le llevo á V. á contemplar escenas sobrado *lividinosas y torpes en demasia*. Con que si á V. place, corramos un velo, que trasparente no sea, tanto sobre su contradicción clásica, como sobre mi divagación gentilica.

Prosiguiendo V. en sus tareas contradictientes añade que Abarzuza se apoya en Bastiat y Sanchez Ruano maltrata á los economistas; y que mientras aquel elogia, ensalza y pondera á Víctor Hugo, este le

critica, deprime y combate. Lo cual es de tal modo escandaloso que no acierto á explicarme la causa de que no hayan incurrido los autores de tamaña heregía en excomunion mayor *latae sententiae* entre sus parciales. Por lo que á V. mira, enumera este pecado entre los mortales, calificándole de tan grave que *le obliga á confesar, que si la unidad en la variedad es la ley de todo lo creado, la democracia antisocialista no carece de variedad, y es de creer que andando el tiempo llegue á adquirir esa unidad que al presente es lo único que le falta.* Lo único que le falta á esta consideracion para ser graciosa, es la gracia, y para ser razonable, la razon, puesto que la ironía se ha quedado en conato, y la prueba en el tintero.

¿De dónde ha sacado V., amigo mio, que Sanchez Ruano y Abarzuza sean, ni presuman de ser la democracia? Dijera V., en todo caso, que estos señores no se entienden, y que sus palabras semejan á Babel y que su escrito es la vera-efigie de Agramante; dijeralo V. en buen hora, si para decirlo habia razon; pero deducir de esto lo que deduce, téngolo por un capricho que usted satisface fuera de tiempo y sazon y

no muy en consonancia con los preceptos de la lógica, ni con las reglas de la crítica.

Y, despues de todo, ¿será cierto que al menos en este particular se contradicen y niegan sus adversarios de V.? Creo que no. Relativamente á Víctor Hugo me atrevo á asegurar que el señor Abarzuza no le dirige ningun género de alabanza que no se refiera á su fama de inmortal artista y á su gigante inspiracion poética: de forma que el señor Sanchez Ruano ha podido condenar los errores científicos del autor de *Los Miserables* y de *Nuestra Señora de Paris* sin haberse puesto en contradiccion con su colega. En cuanto á Bastiat no hay duda de que, no siendo escritor sistemático, ni siquiera científico, en el rigor de la palabra, puede haber expuesto opiniones dignas de loa, y opiniones merecedoras de anatema; y si Abarzuza aplaude las primeras y Sanchez Ruano rechaza las segundas, ¿se habrán puesto por eso en contradiccion? Mas ni esto es menester, señor Vidart, para convincerse de cuán destituida de fundamento se halla su observacion de V. sobre este pormenor. Segun confesion propia, Sanchez Ruano habla de los discípulos de Bastiat,

de los economistas, y Abarzuza del maestro, ¿Quién no vé que ha podido ser este bonísimo, y aquellos péximos? ¿Agudo el uno, torpés los otros? ¿Excelente la doctrina y mala la exposicion de los intérpretes? Yo de mí sé decir que, á ser autor preferiria padecer maligno tabardillo ú ostentar en el extremo de mi nariz una berruga disformemente mayúscula, antes que salieran á mis libros comentaristas de cierto calibre y glosadores de quienes ruego á Dios le libre á usted, señor Vidart. Ni esto lo digo en son de censura, sino por via de racionio, sin ánimo de aludir á nadie, ni menos á los economistas de por acá de los cuales admiro la intencion, aplaudo el ingenio, celebro la candidez de esperanzas y encomio la constancia en sus tareas. (*)

La mía, como V. advertirá, toca por hoy á su término, pero no quiero que le tenga sin hacer constar que soy deudor á V. de cosa de tan gran valía, que verdaderamente no tiene precio, al menos para mí. Habia escitado mi hilaridad no pocas veces aquella singularísima teoría del filósofo alemán que dicen inventó lo de la síntesis en actitud de poner el anillo nupcial á la tésis y á la antítesis, que es lo que llaman los doc-

tos *armonia de lo contradictorio*. Llegué yo ¡torpe y cuñado de mí! á burlarme alguna vez de estas que yo calificaba de *metafísicas laberínticas*, equiparándolas sacrílegamente con aquello de *la razón de la sin razón que á mi razón se me hace*, y ahora comprendo que en ellas se cifra lo flor y nata del saber, y que en ellas se resume y compendia cuanto bueno dijeron, dicen y dirán en los siglos pasados, presentes y futuros la gloriosa muchedumbre de todos los filósofos del orbe terráqueo. En realidad de verdad, amigo mío, sin el recurso de esas *armonías contradictorias* no hubiera podido, no ya dar en tierra, pero ni aun herir en la punta del talon al coloso de su crítica de V. Sin ellas mi propósito sería obra de romanos; con ellas lo es de españoles: sin ellas su artículo de V. sería inespugnable muro; con ellas un castillo de naipes sobre arena movediza; sin ellas mis amigos los señores Sanchez Ruano y Abarzuza llorarían un descalabro; con ellas pueden aspirar á un triunfo. Doy pues, á V. mil gracias por la ocasion que me ha ofrecido de comprender y practicar la sublime teoría de lo *contradictorio armonizable*.

Y basta de palabras, que de las ociosas

habemos de dar cuenta á Dios, y así por esto como por natural instinto aborrezco y huyo de las que sueltan al aire libre sin causa ni motivo el vulgo de las gentes y el vulgo de los filósofos, que tambien tienen su vulgo, y tanto mas gárrulo, quanto que mas vulgo es. De forma que soy tan poco amigo de la esgrima frívola de los espíritus, como de la esgrima inútil del cuerpo; y odio á todo linaje de vaporosa logomaquia, no menos que á cualquiera muestra de *columnas volantes* (*) por capricho.

Y advierto ahora que aun he menester de otro rato de vagar á fin de que mi tarea le tenga cumplido. Con que espere V., señor Vidart, la tercera y última epístola de su afectísimo servidor.—LUCIANO.

10 de junio de 1865.

Acontece mil veces, amigos míos, que
puesto en las orillas del mar, y viendo de
lejor en los ojos, nos echamos á mirar por
do quiera y á escudriñar todo sin advertir
el peligro, antes quiza con el propósito
de que ni parezcan ante los demás las
pasiones, ni que los demás parezcan lo
que son ante nosotros. Y esto que en la
vida común y en el trato ordinario sucede,
muy de notar también me ha pasado en las
que se dan al cultivo de las letras, y en las
que se tratan y entienden en todo lo que atañe
y pertenece á prima filosofía y superior

Muy señor mío: Cuando me paro á con-
siderar este pequeño mundo, que apellida-
mos Hombre, es mucho lo que mi corazón
padece, y el desfallecimiento que de mi
ánimo se apodera es, sobre toda pondera-
cion, extremado y grandísimo. ¡Válame
Dios y cuán pobre es nuestro espíritu, cuán
desarrendada y proterva nuestra voluntad,
y nuestro entendimiento cuán falible, y
nuestra memoria cuán frágil, y nuestras
miras cuán estrechas, y nuestros juicios
cuán vanos, y nuestras pasiones cuán dis-
colas, y nuestros caprichos cuán señores
son, y cómo nos dominan, y cómo nos ar-
rastran á lo vedado y nocivo!

Acontece muchas veces, amigo mio, que, puesto antifaz en el rostro y vidrios de color en los ojos, nos echamos á mirar por do quiera y á escudriñar todo sin advertir el peligro, antes quizás con el propósito de que ni parezcamos ante los demás lo que somos, ni que los demás parezcan lo que son ante nosotros. Y esto que en la vida comun y trato cuotidiano sucede, es muy de notar tambien ¡mal pecado! en los que se dan al cultivo de las letras, y en los que tratan y entienden en todo lo que atañe y pertenece á prima filosofía y suprema metafísica. Contemple V., si no, de cuál manera suelen juzgar estos tales á sus predecesores y á sus contemporáneos.

Otro que yo estimaria como malicia lo que es solamente ligereza, y habria de atribuir á envidia y descoco lo que es hijo, á mi entender, de costumbre autorizada por el mal uso, y aun aplaudida briosamente por la república de los desocupados (muy numerosa por cierto), los cuales se divierten y gozan en cualquier linaje de espectáculos de los muchos que suelen dar gratis los que llaman hombres públicos.

Pero malicia ó ligereza, envidia ó mal hábito, lo cierto es que la mayor parte de

los señores críticos de la presente era no se acuerdan de que la perspectiva es tan necesaria para el éxito de los que adornan tabla y lienzo con los bellísimos partos de su fantasía, como para el tino y acierto de los que trasladan al papel sus juicios y opiniones acerca del mundo en que viven, la sociedad que frecuentan, la ciencia que cultivan y los sábios que les rodean.

Y con ser V. circunspectísimo y discreto en sumo grado, señor Vidart, parece que todavía incurre usted en alguna de esas faltas, siguiendo acaso el hilo de la corriente vulgar mas de lo que á un filósofo conviene. Baste recordar, en corroboracion, aquel párrafo en que se lamenta V. *del gran desconcierto intelectual del siglo XIX, que produce necesariamente esa variedad sin unidad que llaman subjetivismo en religion, eclecticismo en filosofia y empirismo en politica, y cuyos verdaderos nombres son duda, desaliento y egoismo.* Mucho me holgaré, puesto que le quiero bien y le profeso gran cariño, de que si algun picaruelo ha observado que V. tira un poco en todos sus escritos á subjetista en religion, ecléctico en filosofia y empírico en politica, se guarde de sacar el oportuno corolario que se

desprende y la consecuencia legítima, aunque errónea, que de aquí se deriva de un modo harto paladino y claro.

Como yo soy virgen en esto de filosofar, casi no me atrevo á exponer una consideracion que ahora me ocurre sobre lo del desconcierto, y otros excesos, de este pícaro siglo. La emitiré, sin embargo, sometiéndola en todas sus partes al fallo de usted, siempre benévolo y casi siempre rectísimo.

Digo, pues, señor Vidart, que siendo ley del universo mundo que todo en él se desenvuelva y obre con armonía, aun en aquellas de sus partes que nos parecen mínimas y de poco momento, es de presumir que se cumpla en las esferas morales, aun dada la libertad, que tiene reglas fijas y linderos determinados fuera de los cuales no puede salir. De arte que los mismos errores y extravíos hallen su límite, viniendo, si bien se mira, á confluir en el centro de todas las armonías, que es Dios, á la manera que la desviación y curvatura de arroyos y rios, al parecer caprichosa, viene, al cabo de cierto tiempo, y á pesar de lo vario del terreno y de lo escarpado de los montes, á incorporarse y hermanarse con la corriente universal al occidente, pagando

su tributo en el gran Océano. Y si es verdad que no hay hecho alguno, por insignificante que parezca, que no encuentre raíz y explicacion en una idea, siendo esta que decimos de la armonía no solamente idea, sino reina entre las ideas, siguese que en todo lo creado ha de haber esta armonía, á tal punto que la muchedumbre de variedades que observamos no se oponga, antes explique por cuan maravillosas vias vence y triunfa la unidad en la esplendorosa máquina del universo todo.

Así, la confusion y bataola de que hace usted mérito, sospecho que ha de ser mas aparente que real, existiendo menos en las cosas, que en los que las contemplamos y medimos desde nuestra pequeñez.

No seré yo quien ose declarar el modo de reducir á uno todo lo disgregado de que habla V., ni la manera de poner en orden todo lo confuso que mienta y refiere. Que tan árdua empresa ni es propia de mi ingenio, ni se aviene con la prisa con que voy escribiendo esta carta, ni cabria en ella, ni en otras ciento quizás. Llevarla á cumplido remate es cosa reservada á los filósofos, merecedores de tan alto nombre, los cuales ascendiendo de escala en escala por las re-

giones de la sabiduría, logran subir hasta gustarla y saborearla en sus fuentes eternas, de donde mana la luz que en esta vida nos alumbra y guía: tal suele alzarse y remontar su majestuoso vuelo el águila real, cruzando el éter en giro rapidísimo hasta mirar de frente el globo inmenso del encendido sol, extasiándose al contemplar altanera de hito en hito grandeza tan estupenda, hermosura tan sublime, y maravilla tan portentosa y excelsa.

Insistiendo V. en su tema sobre la confusión de estos tiempos (que mejores podían ser) discurre por el campo de la historia de la filosofía primero, y por el de la política después, en busca de argumentos y noticias que prueben y afiancen sus instintivas afirmaciones. Y en este punto llega V. á decir de Bacon y Descartes cosas tales, que bien pueden calificarse de calumnias de arte mayor. De modo que si llega V. á visitarles cuando de esta vida pase, tengo para mí que le han de recibir con mirada tosca y ademán siniestro y aun de manera peor, si es que maneras peores se estilan también por allá. De cualquier otro delito, que no fuese el de irreligiosos, pudiera V. haberles declarado reos con motivo fundado. Mal se

explica por cierto, señor Vidart, el rigor con que trata V. á los memorables autores del *Novum Organum* y del *Methodus*, cuando á poco espiritualiza y cristianiza V. con sospechosa laxitud de conciencia nada menos que Channing, á Fichte y Herbert Spencer que tienen tanto de espirituales como el sultan de Turquía, y tanto de cristianos como el bey de Túnez.

Y ahora le pregunto: si trataba V., como aparece, de probar en esta parte de su escrito los desórdenes de la ciencia contemporánea, ¿á qué citar á Budha y á Zoroastro, y á Aristóbulo y á Filon y á los santos Anselmo de Cantorbery, Buenaventura de Fidenza y Tomás de Aquino? Por que si juzga usted que el desbarajuste mental de los sábios de hoy es grande, ¿le parece que se ha de remediar llamando á juicio á esos otros que le deben tener completo de siglos há? En verdad, en verdad, que si fuera posible juntarlos á todos en un congreso á la moderna, habíamos de oír cosas soberanamente buenas y soberanamente metafísicas. Pero, dejémoslo aparte.

En todo lo demás que expone V. acerca del asunto, no veo cosa ni de vituperio ni alabanza digna, á no ser lo que indica sobre

el terrible dogma del pecado original y sobre el augusto y sacratísimo misterio de la redención, filosóficamente hablando, si es que la filosofía en cosa tan alta no desdice y sobra. Sus palabras de V. son estas: «en considerar la humanidad como ser real y sustantivo, *se funda* el dogma del pecado original; en considerar la humanidad como ser real y sustantivo *se funda* el dogma de la redención de todos por el sacrificio de uno, por el sacrificio del Hijo de Dios.» ¡*Alta petis*, amigo mío, *alta petis!* Graves y sutilísimas explicaciones serían menester para que yo hiciese más esas aventuradas frases que trascibo á fin de que los prudentes aprecien en todo su valor é importancia sus recónditas teologías de V. Por mi parte, le condeno desde luego al brazo secular de Roscelin para que le declare y enseñe un curso completo ergótico-conceptualista sobre aquello de *status vocis, intentio animæ, respectus rationis, prætereaque NIHIL*. Solo advierto que si los venerandos misterios de que habla V. no tuvieran más sustentáculo que esas imaginaciones plotinianas y krausistas, alguien podía sospechar que estaban al aire, flotando en perpétuo vaiven y confuso remolino, bien así como parda nube

que el viento empuja y arrolla á merced de su capricho y veleidad; siendo aquí veleidad, capricho y viento cierto linaje de filosofías que todo cristiano rancio y puro condena, rechaza, execra, maldice y abomina *ex imo corde*.

Viene V. luego á la política, y dice que la confusion en ella reinante nace *del gran olvido en que ha estado durante tres siglos esta sencilla verdad: la ley religiosa, la ley natural y la ley política, que ordenan entre sí nuestros enlaces y se unifican en una realidad suprema, la ley divina*. No busque V. explicaciones tan altas para cosas tan menudas como deben de ser para un filósofo aquellas de que los políticos se ocupan. Recoja V. el vuelo, véngase á la tierra, afloje V. el arco y agache la saeta, que así le será á V. mas fácil herir el blanco, ó mas bien, lo negro de la cuestion. Los obtáculos que al mejoramiento de la política se oponen, pareceme á mi que nada tienen de filosóficos, ni de trascendentales, ni de divinos.

Por lo demas, juzgo que ha prestado V. un servicio eminentísimo á la política tratando de poner coto á la ignorancia, confusion y desequilibrio de la generalidad por

medio de la siguiente fórmula, digna si no me engaño, de grabarse en bronce y esculpirse en mármol, y merecedora de que historiadores y poetas la encomien y eternicen, á saber:

«Así como el libre albedrío es la relacion armónica entre la potencialidad finita (humana) y la omnipotencia infinita (divina), de un modo semejante el derecho debe ser la relacion armónica entre la libertad humana, que es la voluntad dirigida al bien individual, y la necesidad histórica, que es la coaccion fundada en el bien social.»

Absolutistas, moderados, conservadores, unionistas, progresistas, demócratas, socialistas, ¡callad! El remedio que buscais, ahí está; la medicina que os falta, ahí la tenéis; el bienestar que anhelais, ahí se encuentra; la salud, el reposo y la dicha, todo, todo se encierra ahí. Rasgad en cien girones vuestra vieja bandera y abrazaos al nuevo lábaro político-social, enseña de ventura, dechado de prudencia, emblema de vencimiento, mapa de hidalguía, compendio, cifra, resúmen y corona de cuanto bello, bueno y verdadero puede y debe saberse en punto á razon de Estado.

Y como seguir adelante fuera ocioso, se-

ñor Vidart, hago punto y voy á concluir mi epístola postrera.

He dicho algo, segun la cortedad de mis alcances, sobre los varios puntos que V: en su escrito abarca y toca, hablando de la relacion entre la novísima filosofía y la doctrina cristiana, comparando el opúsculo del señor Sanchez Ruano con el del señor Abarzuza y exponiendo, per fin, el desórden capitalísimo que en las esferas científicas y públicas triunfa y domina en estos tiempos. La índole de mis cartas no ha consentido que me extendiera mas, y la desconfianza en mis fuerzas, que no pueden ser menores, así como la penuria y estrechez del tiempo me han obligado tambien á ser parco y breve y tan desaliñado é incorrecto como habrá V. advertido.

Excusado me parece decirle que no escribo para entrar en polémicas, las cuales aparto siempre de mí como cosa *non sancta*, poco edificante y nada caritativa, ya sean políticas, ya filosóficas. Las primeras suelen degenerar luego en lamentable diatriba y espectáculo enojoso; las segundas se lanzan mas que de prisa á las regiones etéreas y celestiales, por las que ni acierto ni deseo caminar, sino para cuando, libre del inútil

peso de esta cárcel del espíritu llamada cuerpo, sea servido el Señor llamarme por ellas con paso firme y seguro á gozar de su presencia, como espero y confío, no obstante mis muchos pecados.

Perdone V., señor Vidart, si la humana fragilidad ha sido parte á que yo, contra mi querer, haya cometido alguno en su contra, por venial y menudo que sea.

Y con esto me doy por despedido de V. repitiéndome suyo afectísimo y atento servidor.—LUCIANO.

16 de Junio de 1865.

NOTAS AL APENDICE.

1 El artículo del Sr. Vidart, á que se alude, se publicó en dos números de *El Criterio*. Despues lo he visto á la cabeza de otros análogos en el *Apéndice* de su obra citada sobre la *Filosofía Española*: mi opúsculo acerca *Del Socialismo en España* no merecia tanto, ni mucho menos.

2 Es capitán de artillería: ha escrito, además del libro referido, un extenso folleto titulado: *El panteísmo germano-francés*, y se dispone á publicar un *Ensayo crítico sobre las negaciones racionalistas*; es además poeta, y goza de buena reputacion entre literatos y filósofos.

3 Sobre la *moral independiente* (cuestion de moda hace unos años en Francia, y, por ende, aquí) merecen consultarse, entre otros estudios graves, las páginas que á este asunto dedica Vacherot en sus *Essais de philosophie critique, Paris 1864*, obra no menos apreciable que *La metaphysique et la science*, libro á que debe su gran reputacion y autoridad entre los doctos.

4 Conviene poner en claro que la *ciencia de la economía política* es una cosa, y otra la *escuela economista española*: así es que puede uno ser partidario de la primera y enemigo de la segunda sin que en ello haya asomo de contradiccion, antes, al revés, suma consecuencia y acertada lógica. Advierto esto á los que, ya privada, ya publicamente me han tachado de veleidoso y mudable en mis opiniones sobre economía política por no haberse fijado en esa distincion palmaria y evidente. Verdad es que muchos hablan de cosas y personas solo de oídas,

5 Se refiere á un suceso público, de entonces, muy fácil de recordar.

NOTAS AL APENDICE

1. El artículo del Sr. Vahne, a que se alude, se publicó en dos números de El Estero. Dejóse lo escrito a la cabeza de otros trabajos en el A. C. de esta ciudad, sobre la A. C. Española en el opusculo sobre D. J. Sordani en la obra en un tomo tanto, en un momento.

2. Es común de escribir, en escrito, algunos del libro referido, un extenso folio titulado: El pan- deón de la A. C. Española, y se dispone a publicar en algunos círculos sobre las relaciones correspondientes. Algunos críticos sobre la reputación entre las demás partes, y que de buena reputación entre literatos e ilustrados.

3. Sobre la moral independiente (cuestión de moralidad) uno años en Francia, y, por ende, para) morales consuetas, entre otros estudios que se las páginas que a este asunto de la A. C. Española en las obras de paratextos críticos, Paris 1888, obra no menos apreciable que la de este género es de este género, libro a que debe su gran reputación y autoridad entre los doctos.

4. Contiene poner en claro que la ciencia de la economía política es una cosa, y otra la escuela económica española; así es que puede ser parte de la ciencia y economía de la segunda sin que en ella haya como de consecuencia, antes, al revés, como consecuencia y ciencia lógica. Advertido está a los que ya se ha publicado ya públicamente en el tratado de Voltaire y muchos en sus opiniones sobre economía política que no se debe fijado en esta distinción política y evidente. Verdad es que muchos hablan de cosas y personas solo de otras.

5. Se refiere a un hecho público, de entonces, muy fácil de recordar.